

Clío frente al minotauro: hermenéuticas historiográficas de la ideología fascista.



Universidad de Barcelona.

Facultad de Geografía e Historia.

Grado de Historia.

Trabajo Final de Grado.

Curso 2020/2021.

Autor: Gabriel Alejandro Sánchez Sánchez.

Tutor: David Cao Costoya.

La base de la doctrina fascista es la concepción del Estado, de su esencia, de sus deberes, de sus fines. Para el fascismo el Estado es un absoluto, ante el cual el individuo y los grupos son lo relativo. Individuos y grupos son ‘factibles’ en la medida en que forman parte del Estado. El Estado liberal no dirige el funcionamiento y el desarrollo material de las colectividades; se limita a acusar los resultados. El Estado fascista posee una conciencia y una voluntad que hacen de él un Estado ‘ético’.

La doctrina del fascismo. Benito Mussolini y Giovanni Gentile¹.

Porque nos habíamos vuelto nacionalistas en las trincheras, no pudimos evitar hacernos socialistas en las trincheras. No pudimos evitar volver a nuestros hogares con la brutal intención de reunir a toda la nación alrededor de nosotros, y de enseñarle a cada uno que la grandeza de la nación depende de la voluntad del individuo de ponerse junto a ella, y entonces decirle: vuestra suerte está indisolublemente ligada a la suerte y grandeza de nuestra nación.

*Discurso de Georg Strasser*².

El Estado nacionalsindicalista no se inhibirá cruelmente de las luchas económicas entre los hombres, ni asistirá impasible a la dominación de la clase más débil por la más fuerte. Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgánica. Reprobamos e impediremos a toda costa los abusos de un interés parcial sobre otro y la anarquía en el régimen del trabajo.

*Punto 11 del programa de La Falange*³.

¹ Cit., en: HERNÁNDEZ, Helena. *Los fascismos europeos. Textos* (1992) Madrid: Istmo. p. 136.

² Cit., en: *Ibidem.*, p. 59.

³ Cit., en: *Ibidem.*, p. 119.

⁴ Foto de la portada: Adolf Hitler junto a Benito Mussolini y jefes de ambos regímenes fascistas durante una visita diplomática del líder italiano en Múnich, 1938. Extraída de: <https://www.alamy.es/foto-adolf-hitler-con-benito-mussolini-en-munich-fecha-1938-105317480.html> (10/07/2022).

ÍNDICE.

1) INTRODUCCIÓN.	1
2) HERMENÉUTICAS CLÁSICAS.	5
2.1) La hermenéutica marxista (Reinhard Kühnl): el fascismo como epifenómeno analógico del capitalismo.	5
2.2) La hermenéutica liberal (Ernst Nolte): isomorfismo dialéctico entre fascismo y comunismo.	10
3) EL GIRO CULTURAL.	15
3.1) George Mosse: el fascismo como revolución espiritual nacionalista.	16
3.2) Zeev Sternhell: la filogénesis heteróclita de la ideología fascista.	21
4) LOS INTENTOS DE SÍNTESIS.	26
4.1) Stanley Payne: una descripción funcional del fascismo.	26
4.2) Emilio Gentile: una definición multidimensional del fascismo.	31
5) DETRACTORES Y DEFENSORES.	36
5.1) Enzo Traverso: reivindicación de la interpretación marxista. El fascismo como anticomunismo militante.	36
5.2) Roger Griffin: la defensa del culturalismo. El fascismo como ultranacionalismo palingenésico.	42
6) ULTERIORES TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS.	47
7) CONCLUSIONES.	49
8) BIBLIOGRAFÍA.	54

RESUMEN/ABSTRACT.

Resumen.

En este trabajo abordaremos el estudio de las principales teorías historiográficas producidas sobre la dimensión subjetiva del fascismo, de aquellas que lo interpretan fundamentalmente como una ideología, un sistema de creencias y/o de pensamiento; una cultura, un conjunto de ritos y símbolos, y una cosmovisión, una concepción holística de la naturaleza, la política y el ser humano.

Iniciaremos desde las primigenias interpretaciones del fascismo teorizadas por la historiografía marxista y la historiografía liberal, y continuaremos con el giro cultural que se produjo en el campo de los estudios del fascismo en los años ochenta, para posteriormente reseñar las diferentes disputas e intentos de síntesis entre ambas metodologías de abordaje del fenómeno fascista.

La vasta inmensidad y abigarrada complejidad del tema ha llevado al surgimiento de una miríada de disputas teóricas sobre la naturaleza ideológica del fascismo, y es sobre estas *quastione disputatae* que basaremos nuestro trabajo, refiriendo la opinión de cada a autor respecto a cada una de ellas.

Palabras clave: Fascismo, ideología, cultura, interpretaciones.

Abstract.

In this paper we will deal with the study of the main historiographical theories produced on the subjective dimension of fascism, of those that interpret it fundamentally as an ideology, a system of beliefs and/or thoughts; a culture, a set of rites and symbols, and a world view, a holistic conception of nature, politics and the human being.

We will commence this study from the original interpretations of fascism theorized by Marxist and liberal historiography, then we will continue with the cultural turn that occurred in the field of studies of fascism in the 1980s, to finally review the different disputes and attempts of synthesis between both approaches on the fascist phenomenon.

The vast immensity and motley complexity of the subject has led to the emergence of a myriad of theoretical disputes about the ideological nature of fascism, and it is on these *quastione disputate* that we will base our study, referring each author's opinion on each of them.

Keywords: Fascism, ideology, culture, interpretations

1) INTRODUCCIÓN.

El domingo 23 de marzo de 1919 unas trescientas personas se encuentran en el Salón de reuniones del Círculo de la Alianza Industrial de Milán. Se cambió la reunión a este reducido recinto al contemplar, con estupor y abatimiento, que la sede original, *el Teatro dal Verme*, era un escenario demasiado grande para tan pingüe afluencia. A este encuentro había arribado una curiosa mezcla de individuos procedentes de los más heterogéneos estratos sociales, culturales y políticos. En efecto, había exsocialistas intervencionistas, miembros de los *arditi* –el cuerpo de asalto del ejército italiano–, sindicalistas revolucionarios, republicanos radicales, y representantes del futurismo. El congreso pretendía la formación de un nuevo movimiento político, y allí se iban a discutir las bases ideológicas del mismo. Tras horas de acalorada discusión, se consiguió un acuerdo programático, publicado al día siguiente en *Il Popolo de Italia*, que era una miscelánea de reivindicaciones nacionalistas y socialistas. Así, entre decepciones y discusiones, entre personajes de las más inusitadas y divergentes procedencias, se producía el acta fundacional de la ideología fascista. Este sismo político producido en el *Belpaese* provocará una serie de movimientos telúricos extendidos por toda Europa que incidirán decisivamente en las dinámicas políticas, materiales y culturales del continente⁵.

El siguiente trabajo tiene por objetivo abordar las principales teorías historiográficas sobre el fascismo. En la disciplina histórica existen pocos temas sobre los cuales haya una bibliografía tan ciclópea que es, de hecho, inabarcable. El campo de los estudios del fascismo es una densa selva en la que es muy fácil perderse cuando nos adentramos en ella, lo cual hace necesaria una brújula, un concepto central que permita orientarse y trazar un camino nítido a seguir. En este trabajo, este *concepto-brújula* es la *dimensión subjetiva* de la política, aquella formada por la *ideología* y la *cultura*, entendidas como los elementos mediante los cuales los sujetos históricos expresan su propia subjetividad, tanto a través de sistemas de pensamiento como de emociones. Este concepto se articula como antónimo de la *dimensión objetiva*, representada tanto por la política en su sentido más convencional, las instituciones y las legislaciones, como por los factores económicos y sociales, ambos entendidas aquí como hechos *objetivos*. Esta división no deja de ser la traslación al campo de la ciencia política y del fascismo del antagonismo inherente a todas las ciencias sociales entre *lo material* y *lo ideal*. Así pues, en el vasto océano de los estudios del fascismo, la dimensión subjetiva será nuestro astrolabio, es decir, el

⁵ SCURATI, Antonio. *M. El hijo del siglo* (2020) Madrid: Alfaguara, pp. 13-17.

instrumento de orientación que utilizaremos para la confección de este trabajo y nos permitirá la construcción de un estado de la cuestión sobre las hermenéuticas historiográficas del fascismo coherente y cohesionado, pero evidentemente parcial, pues por la enormidad del tema se han seleccionado los autores más representativos.

El primer puerto de nuestra particular singladura son las corrientes que hemos calificado de *clásicas*. Por un lado, la hermenéutica marxista, para la cual utilizaremos, a modo de sinécdoque, la obra de Reinhard Kühnl, que entiende al fascismo como un movimiento capitalista que se dirige contra el auge de la clase obrera y el socialismo. En segundo lugar, la interpretación liberal, realizada por Ernst Nolte, paladín de la historiografía liberal, quien formula que fascismo y comunismo mantienen una relación dialéctica, es decir, de oposición, pero también de semejanza estructural. A pesar de sus diferencias, ambos enfoques comparten la rigidez ideológica que ata al fascismo a sus prejuicios cual cama de Procusto, el menosprecio hacia la ideología positiva de este y una preferencia por el estudio objetivista de la política. Posteriormente, desde los años ochenta del siglo pasado se produjo una auténtica eclosión de aportaciones disruptivas y novedosas en el campo de los estudios del fascismo. Este nuevo paradigma, que aquí calificamos de *giro cultural*, se caracteriza por focalizarse en la dimensión política subjetiva y, por tanto, desarrollar aspectos hasta entonces soslayados como los discursivos, simbólicos, míticos, estéticos, etc. De esta corriente culturalista reseñaremos, en primer lugar, a George Mosse, quien formulará que el fascismo es una Revolución espiritual que propugna la regeneración de la comunidad nacional; y en segundo lugar a Zeev Sternhell, el cual postula que el fascismo es una ideología ya perfectamente articulada en la Europa de la *Belle Époque*, y que se trata de un híbrido entre la revisión antimaterialista del marxismo y el nacionalismo organicista.

Continuaremos con un capítulo donde se expondrán los *intentos de síntesis* entre el novedoso paradigma culturalista y la clásica historiografía materialista. Por un lado, Emilio Gentile, quien propone una *definición multidimensional* del fascismo, combinando aspectos culturales-ideológicos, político-institucionales y organizativos-sociales. Por otro lado, Stanley Payne, quien propone una *descripción funcional* articulada en torno a una original *teoría retrodictiva*, es decir, sobre las condiciones de posibilidad de su surgimiento y triunfo, mezclando también elementos culturales e institucionales. El capítulo subsiguiente se intitula *detractores y defensores*, pues mientras la historiografía liberal se subsumía dentro del nuevo enfoque subjetivista, la

historiografía marxista seguía defendiendo tenazmente su inveterado materialismo. Así, expondremos los análisis del fascismo realizados Enzo Traverso, quien entiende al fascismo primordialmente como anticomunismo militante, y confronta al paradigma culturalista desde una exégesis marxista. Por último, Roger Griffin, el cual realiza una sintética definición de la ideología fascista como *ultranacionalismo palingenésico* y además defiende al paradigma culturalista respondiendo a las objeciones a este presentadas⁶. A continuación, reseñaremos las ulteriores tendencias historiográficas dentro del campo de los estudios del fascismo. Y por último, un aparato conclusivo en el cual presentaremos sumariamente nuestra propia versión de las diversas cuestiones en liza.

En la historiografía del fascismo existen una serie de campos de batalla en los cuales las huestes de los historiadores se han estado enfrentando durante décadas, un conjunto de cuestiones polémicas que se han debatido respecto a su dimensión subjetiva. Así pues, en nuestro trabajo expondremos la posición de los autores respecto a ellas. Este conjunto de *quaestiones disputatae*, que hemos dividido en tres grupos. Es evidente que no serán tratadas todas por cada autor, o que las unirán y separarán según su propia propuesta. Sin embargo, consideramos que esta metodología nos es sumamente útil, ya que son señales que nos indican el camino a seguir del mismo modo que los *hitos* lo hacían en las calzadas antiguas, y esto es precisamente importante en una geografía tan extensa e irregular como los estudios comparados del fascismo. En el primer grupo de cuestiones agrupamos las de *orden metodológico*. En primer lugar, la consideración de la dimensión política subjetiva en general, es decir, si se adscriben a un paradigma subjetivista, en el cual esta es considerada como un elemento independiente; u objetivista, donde la ideología se considera determinada o condicionada por aspectos objetivos y/o materiales. La segunda cuestión es la del *fascismo genérico*, es decir, si existió algo que pueda denominarse fascismo genérico como categoría político-histórica general; o si, por el contrario, los diversos regímenes que se agrupan bajo ese epígrafe presentan diferencias tan irreductibles que su asimilación es empíricamente imposible. Inherentemente relacionado a este hecho se encuentra la cuestión del *caso arquetipo*, es decir, qué régimen o movimiento puede concebirse como el más representativo de ese amplio caleidoscopio

⁶ Cfr., KALLIS, Aristotle “El concepto del fascismo en la historiografía anglófona comparada”. En: MELLÓN, Joan (coord) *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos. Nuevas aportaciones teóricas* (2012) Madrid: Tecnos, pp. 15-66.

que es la ideología fascista. Una discusión subsidiaria es el papel asignado al nacionalsocialismo dentro del fascismo, si se trató de un movimiento tan particular que no cabe considerarlo como fascismo, si es el arquetipo o una versión radical del mismo. Por último, no menos importantes son las reflexiones de carácter moral, especialmente relevantes cuando nos enfrentamos a la historización de una ideología muy reciente y que provocó la más mortífera conflagración mundial de la historia y que se valió de los instrumentos propios de los estados industriales modernos para la ejecución de abyectos proyectos de exterminio.

Un segundo orden de cuestiones, las *nucleares*, son las relativas a la ideología, derivadas de la definición o caracterización del fascismo propuesta por cada autor, y de las consideraciones realizadas sobre la cultura fascista. Primeramente, la disputa sobre los antecedentes, genealogía y orígenes de la ideología fascista, pues algunos autores postulan la existencia de un fascismo *avant la lettre*, articulado con anterioridad a su existencia histórica factual. En relación con esta, si se trata de una ideología desarrollada autónomamente en el terreno de las ideas y la cultura, o si estuvo plenamente determinada por hechos históricos como la Gran Guerra o la Revolución Rusa. En tercer lugar, si nos encontramos ante una ideología *negativa*, únicamente articulada por sus oposiciones, o si es una ideología *positiva*, poseedora de un proyecto político propio. También si el fascismo es un movimiento eminentemente contrarrevolucionario, o si, por el contrario, es portador de una revolución de nuevo cuño. Por otro lado, si es un fenómeno moderno, en continuidad neta con las fuerzas históricas de la modernidad occidental; o si es una oposición radical a estas. El último conjunto de cuestiones son las que llamamos *relacionales*. En estas se polemiza sobre las relaciones del fascismo con otras cuestiones. Primeramente, en qué posición del espectro político se sitúa al fascismo, la convencional de situarlo en la extrema derecha, o si se trata de una *tercera vía* e incluso de una escisión del socialismo. En relación con esta, su relación con las otras grandes ideologías del siglo, por un lado el liberalismo/capitalismo, y por otro el marxismo/socialismo, que algunos han formulado como de antagonismo, otros de original y copia, y otros de equiparación entre ambos. Esta equiparación nos lleva directamente a la cuestión del *totalitarismo*. Y, por último, discusiones derivadas sobre la relación del fascismo con cuestiones tales como el imperialismo, el racismo, el antisemitismo y el Holocausto⁷.

⁷ Cfr., GENTILE, Emilio. *Fascismo: historia e interpretación* (2004) Madrid: Alianza, p. 32.

2) HERMENÉUTICAS CLÁSICAS.

2.1) La hermenéutica marxista (Reinhard Kühnl): el fascismo como epifenómeno analógico del capitalismo.

El primer grupo de intelectuales que se ocupó de teorizar sobre el fascismo fueron sus principales antagonistas, los marxistas, dentro de los cuales encontramos dos grandes corrientes interpretativas. Por un lado, la *teoría del agente*, que niega cualquier autonomía del fascismo, se lo reduce a ser un *agente reaccionario* del gran capital cuyo objetivo es combatir de forma abiertamente violenta el auge del movimiento obrero, y restaurar el orden burgués, herido de muerte tras el primer ejemplo de Revolución proletaria. Esta tesis tomaría su más célebre y definitiva formulación por parte de Giorgi Dimitrov en el VII Congreso del Komintern (1935): «el fascismo es una manifiesta dictadura terrorista de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero»⁸ y se convertiría en la interpretación ortodoxa de los regímenes comunistas⁹. En segundo lugar, la denominada *teoría bonapartista*, que se remitía al opúsculo escrito por Marx *El 18 de Brumario de Luís de Bonaparte* (1851). El concepto *Bonapartismo* indica que el fascismo es una fuerza política autónoma; popular entre las clases bajas, aunque aniquilase al movimiento obrero; independiente respecto de la burguesía, aunque aceptase plenamente el modo de producción capitalista. La diferencia respecto a la teoría del agente es que en este caso el fascismo no es una mera herramienta en manos de la burguesía, sino un movimiento político ajeno a esta, y que podía llegar a enfrentarla. Esta teoría fue postulada y defendida por algunos de los más renombrados disidentes de la ortodoxia estalinista, tales como August Thalheimer, Otto Bauer o León Trotsky¹⁰.

Como en un trabajo de estas características no es posible realizar una explicación más amplia y detallada de la historia de las teorías marxistas del fascismo, y como consideramos, sin embargo, que la hermenéutica marxista es una de las que hemos denominado *clásicas*, con lo cual es insoslayable, hemos decidido proceder *por metonimia*, es decir, para analizar en mayor profundidad y extraer resultados más sustantivos de la exégesis marxista nos centraremos en la obra de un autor, que consideramos puede concebirse como *representativo* de esta corriente. Este autor es

⁸ Cit., en PAYNE, Stanley. *Historia del fascismo* (1995) Barcelona: Planeta, p. 557

⁹ Cfr. GREGOR, A. J. *Los rostros de Jano. Marxismo y fascismo en el siglo XX* (2002) Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 41-73.

¹⁰ Cfr., *Ibidem.*, pp. 75-103.

Reinhard Kühnl (1936-2014), uno de los más reputados historiadores marxistas de Alemania, y la obra es *Liberalismo y fascismo, dos formas de dominio burgués*, publicada originalmente en alemán en 1973.

En tanto marxista, Kühnl es materialista, analiza la política desde una óptica objetivista. Es decir, considera que lo subjetivo/ideológico de la política está subyugado y determinado por lo objetivo/material. Por ello formula que la hegemonía política del liberalismo en la Europa decimonónica se debe a que este régimen garantizaba el dominio social, económico y político de la burguesía sobre el resto de la sociedad¹¹. Empero, las grandes convulsiones que sacudieron Europa en 1914 y 1917 dieron un giro radical a esta situación, el capitalismo se adentró en crisis y por lo tanto «si quería mantenerse en pie dentro de una situación que había cambiado profundamente, tenía que empezar a buscar nuevas formas de acción ideológica, de control político y de seguridad económica. Una solución radical a estos problemas la ofrecía el fascismo»¹².

Respecto a la cuestión del fascismo genérico, aunque no se refiere a él directamente, Kühnl se limita a seguir la tendencia en la interpretación marxista del fascismo a incluir dentro de este de manera indistinta tanto al Fascismo italiano como al nacionalsocialismo, así como a la miríada de grupúsculos que proliferaron por la Europa de entreguerras. En modo alguno se considera al nacionalsocialismo —con su particular racismo y antisemitismo— como una versión radical del fascismo, sino como el resultado ulterior y lógico de su desarrollo. El racismo y el holocausto se encuentran, ya en acto ya en potencia, en cualquier movimiento fascista. De ahí que se parta de una previa y radical condena moral del fascismo por los resultados abyectos de su política.

La tradición marxista siempre ha tenido una relación compleja con el concepto *cultura*, por la dificultad de encuadrarlo dentro del esquema general del materialismo histórico. Por ello en Kühnl no hay reflexiones propiamente culturales sobre el fascismo, pero sí erige una particular aplicación práctica del *freudomarxismo*. Pues bien, al fascismo se le adjudica un carácter «somasoquista»¹³. Por un lado, al deshumanizar a diferentes grupos sociales, y patrocinar la violencia contra estos permitía dar rienda suelta a los impulsos sádicos reprimidos. Por otro lado, derivado de su rígida estructura jerárquica, la

¹¹ KÜHNEL, Reinhard. *Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués* (1978) Barcelona: Ed. Fontanella, p. 94.

¹² *Ibidem.*, p. 139.

¹³ *Ibidem.*, p. 266.

necesidad de sometimiento total y absoluto a la voluntad de los propios superiores y la constante suspensión del juicio satisficían, a su vez, las pulsiones masoquistas. Como ha demostrado el psicoanálisis, el sadismo y el masoquismo forman una inextricable unidad, y, como ha demostrado el fascismo, estos se encuentran presentes, aunque reprimidos por el orden moral, no precisamente en psicópatas irredentos, sino en ciudadanos comunes¹⁴.

Kühnl es un defensor del bonapartismo, con lo cual considera que el fascismo no es un mero instrumento de la burguesía, sino que posee una cierta independencia, y por ello no desdeña la ideología del fascismo como simple *propaganda*, sino que le presta una cierta atención, dedicándole un capítulo del libro. En este realiza una caracterización de la ideología fascista, desgranándola en una serie de atributos. El primer principio de la ideología era el de *la comunidad*, que se basaba de la defensa de una comunidad nacional unida y fuerte. Íntimamente relacionado con este se encuentra el principio de la *autoridad*, basado en la apología de una dirección rígida del Estado que encuadre en un sistema ordenado y jerárquico a la sociedad. La combinación de ambos deriva en el *imperialismo*, la defensa sin ambages de la conquista y explotación de otros pueblos. La función objetiva de estos principios era el dotar al individuo, perdido en la anomia de la moderna sociedad de masas, un elemento de identificación superior (la Nación) que dote de sentido a su existencia; soslayar los antagonismos económico-sociales dentro de la propia nación, presentándolos como naturales, como parte esencial de esta; y proyectarlos hacia el exterior, hacia la conquista y explotación de otros pueblos.

Un principio ideológico característico del fascismo es la *filosofía de la víctima propiciatoria*. Se trataba de atribuir una culpa inmediata a diversos grupos —los disidentes internos, las minorías étnicas, y los pueblos extranjeros— que fungían como *chivos expiatorios* ante las crisis económicas y políticas o las derrotas militares. A su vez, el supuesto anticapitalismo fascista no era tal, pues se trataba de un «movimiento de protesta pequeñoburgués»¹⁵, construido esencialmente por las clases medias productoras, que parecían rebelarse contra la desleal competencia del gran capital, pero no reivindicaban una alternativa socialista, bien al contrario, se basaban en «una utopía de pequeños comerciantes y de pequeños productores»¹⁶.

¹⁴ *Ibidem.*, pp. 167-168.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 160.

¹⁶ *Idem.*

En realidad, la clave de bóveda de la ideología fascista no era ninguno de estos principios, poco menos que *cantos de sirena* para encandilar a las clases populares. El principio ideológico central de la ideología fascista era *la defensa de la propiedad privada*. La función objetiva de este principio es diáfana: la construcción de una gran alianza estratégica de todos los propietarios, desde el gran capital industrial y los terratenientes hasta los que no poseían más que una pequeña tienda o un ínfimo lote de tierra. Esta alianza estaba articulada completamente en contra del socialismo, porque «en la confrontación entre el capital y la clase obrera, su posición era unívoca: toda su política estaba orientada contra las organizaciones obreras, y, en la lucha política práctica, el antisocialismo dominaba a todos los elementos de la ideología fascista»¹⁷. Kühnl concluye, por tanto, que «hay una profunda sima entre lo que (*el fascismo*) cree ser y la función objetiva que desarrolla»¹⁸. Cree ser una fuerza disruptiva y revolucionaria que regenerará la nación herida aniquilando al decrepito régimen liberal, pero lo que realmente es, lo que el autor denomina su *función objetiva*, es la de dotar de una base popular y una política de masas totalmente nueva al orden capitalista, generando la mistificación de un movimiento revolucionario, pero manteniendo en lo esencial el orden burgués. En síntesis, «el régimen fascista sirve para mantener en pie la sociedad capitalista incluso cuando esta se halla sumida en una crisis grave y es imposible devolverle la estabilidad por otros medios»¹⁹.

De esta exposición de la ideología fascista realizada por Kühnl es posible inferir algunos de las cuestiones que más han preocupado a los especialistas en la historia del fascismo. Aunque Kühnl no niega que el fascismo posea algunas propuestas ideológicas propias, estas son o proclamas populistas (La víctima propiciatoria, el anticapitalismo,) o elementos copiados de otras ideologías reaccionarias (la comunidad, el militarismo imperialista, la autoridad). Y, como su principal herramienta ideológica es la defensa de la propiedad privada, el fascismo es una ideología *reactiva*, cuya principal función objetiva es la lucha contra el socialismo, como en él es nuclear el antisocialismo deviene en una *antideología*. De aquí se colige, por supuesto, que Kühnl rechace tajantemente que sea un movimiento revolucionario que pudiese competir con la revolución comunista, por el contrario, es pura y nítida contrarrevolución. En palabras del autor, el fascismo es «la

¹⁷ *Ibidem.*, p. 171.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 203.

¹⁹ *Ibidem.*, p. 225.

forma moderna, y disfrazada con atuendo popular, de la contrarrevolución capitalístico-burguesa»²⁰. De su caracterización como ideología contrarrevolucionaria, no es difícil inferir su categorización como fenómeno antimoderno, pues en filosofía de la historia marxista la modernidad es encarnada, primero, por el ascenso de la burguesía y el capitalismo, y después y en consecuencia de la clase obrera y el socialismo, ambos epígonos de la Ilustración. Como el fascismo se basaba en una utopía precapitalista y una visión del mundo organicista, ambos de carácter premoderno, no puede concebirse más que como una enmienda a la totalidad a la modernidad, como una ideología antimoderna.

En el esquema de Kühnl, como hemos visto, el fascismo no podría haber surgido sin la crisis general del capitalismo y la existencia de una alternativa socialista con respecto a este, la Gran Guerra y la Revolución Rusa son condiciones *sine qua non* para su eclosión y crecimiento, con lo cual es una ideología totalmente determinada por la Gran Guerra y la Revolución Rusa, que carecía de antecedentes filosóficos en los cuales fundamentarse, y por ende de autonomía en el terreno de las ideas. Por último, la relación de fascismo y liberalismo es de semejanza y continuidad por ser, como indica el título de la obra, dos formas de *dominio burgués*. Por el contrario, la relación entre fascismo y comunismo no se concibe más que como de absoluta oposición, por postular modelos económico-sociales antagónicos. Así pues, el fascismo es situado convencionalmente en el extremo derecho del espectro político. En consecuencia, el concepto de *totalitarismo* es rechazado tanto por ser un «arma de la guerra fría» como por «obstaculizar la comprensión de la estructura de poder del fascismo»²¹.

En conclusión, la hermenéutica marxista del fascismo, para la cual tomamos como sinécdoque la obra de Kühnl, refiere que este es, en primer lugar, un *epifenómeno* del capitalismo, es decir, una excrecencia de este, pero lejos de cualquier causalidad mecánica, una excrecencia que surgió y se desarrolló de manera independiente. Empero, fascismo y liberalismo, a pesar de constituir dos ideologías divergentes, poseen la misma raíz, son dos ramas del mismo tronco, porque en lo fundamental, en la estructura económico-social, mantienen el capitalismo, el dominio de la burguesía, y por ello pueden considerarse *análogos*. En definitiva, el fascismo es un epifenómeno análogo al capitalismo.

²⁰ *Ibidem.*, p. 203.

²¹ *Ibidem.*, p. 267.

2.2) La hermenéutica liberal (Ernst Nolte): isomorfismo dialéctico entre fascismo y comunismo.

Frente a los tempranos intentos marxistas de interpretación del marxismo y a la dilatada y sofisticada historia de esta, los intelectuales liberales, aturdidos por la Gran Guerra, la Revolución Rusa y las consecuencias de ambas tardaron mucho más tiempo en articular una interpretación coherente del fascismo. Esto se encuentra en consonancia con su fe en el indefectible progreso material y espiritual y la humanidad. Por ello, desconcertados por lo que no podían más que ver como retroceso, los historiadores liberales no ofrecieron una interpretación mínimamente articulada y verosímil del fascismo hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Y durante mucho tiempo las exégesis liberales del fascismo formaron un confuso laberinto, por la proliferación de una plétora de propuestas individuales antagónicas compitiendo entre sí²².

Por ello en este campo historiográfico es imposible establecer un procedimiento a modo de «sinécdoque» como realizamos en el caso del marxismo, debido a la carencia de un trasfondo interpretativo común. Y como una exposición de estas diferentes teorías no rebasaría la mera superficialidad, hemos optado por centrarnos en la producción del más importante de los historiadores liberales del fascismo. Este es Ernst Nolte (1923-2016). La primera obra publicada de Nolte, *El fascismo en su época* (1963), le valió prestigio y celebridad en la historiografía, alemana e internacional, del fascismo. Su producción posterior desataría la denominada *Historikerstreit* —«Querrela de los historiadores»— que enfrentó a los intelectuales alemanes. Para nuestro trabajo nos centraremos en el análisis de esta segunda etapa del autor, tanto por constituir una revisión de sus primeras tesis, como por develar de manera mucho más límpida su posicionamiento ideológico y, por ende, presentar un mejor contraste con la interpretación marxista. Así, nos valdremos de dos obras de este período: *La Guerra civil europea* (1987); pero también *Fascismo y comunismo* (1998), un intercambio epistolar realizado al final de su vida con otro François Furet, otro ínclito representante de la historiografía liberal.

Para Nolte la ideología no es un sistema de pensamiento articulado, pues «las ideologías nunca las inventan los pensadores individuales»²³. En contraste, la ideología surge del entrecruzamiento y yuxtaposición entre situación, experiencia y emoción. «Se

²² Cfr., Griffin. *Fascismo* (2019): *op.cit.*, pp. 45-50.

²³ NOLTE, Ernst. *La guerra civil europea. Nacionalsocialismo y bolchevismo: 1917-1945* (2001) Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, p. 369.

parte de una situación fundamental compartida»²⁴, de la cual se derivan *experiencias*, que toman forma mediante las *emociones*. Estos son los mecanismos mediante los cuales se forja la identificación con un grupo y su consiguiente alteridad, también la ideológica. Es decir, Nolte desdeña el aspecto puramente subjetivista de la ideología (su dimensión abstracta y cultural) por una consideración más bien objetivista, donde los hechos determinan al pensamiento. Por ello las ideologías fascista y comunista son deducidas de los discursos y escritos de los líderes políticos, y sobre todo, de sus acciones, de la *praxis*. Con lo cual Nolte acaba por desembocar en una versión objetivista de la ideología en la que está surge de y está –por tanto– determinada por los hechos objetivos de la política.

Nolte es uno de los principales defensores del paradigma heurístico del fascismo genérico, puesto que le parece un fenómeno menos nacional que europeo. Y respecto a la posición del nacionalsocialismo dentro de este asevera que este es un fascismo convencional en su vertiente antimarxista; mas, en su vertiente racista y antisemita este es una forma radical de fascismo²⁵. Pero, aunque forma radical también es el *arquetipo* de fascismo, puesto que se instauró en el Estado más grande, desarrollado, industrializado y poderoso de la Europa continental, y por esto el análisis del nacionalsocialismo puede poner luz a las acciones políticas ulteriores que hubiesen desarrollado todos los fascismos.

Nolte aporta una definición del fascismo desde fechas muy tempranas, que no abandonará durante toda su producción. Esta definición, sumamente sucinta, pero a su vez, críptica y abstrusa, puede resumirse de la siguiente manera: «el fascismo es un fenómeno metapolítico de resistencia a la trascendencia teórica y práctica»²⁶. El término clave en esta definición es *trascendencia*, que significa: «la abstracción del universalismo democrático que arrebató el pensamiento y la acción de los hombres a los límites de la naturaleza y la tradición»²⁷. La trascendencia es, como Jano, un proceso de dos caras. Una de ellas formada por las Luces y la filosofía liberal en el aspecto teórico, y la democracia parlamentaria en el aspecto práctico. La otra cara, más radical, es la trascendencia teórica del pensamiento marxista y la trascendencia práctica del bolchevismo. Aunque también es contrario a la primera, y es en cierta manera antiliberal, es sobre todo contra esta segunda forma de trascendencia, de universalismo, contra la que se revuelve el fascismo,

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Ibidem.*, p. 139.

²⁶ NOLTE, Ernst. *El fascismo en su época: Action Française, fascismo, nacionalsocialismo* (1967) Madrid: Península, pp. 487-493.

²⁷ FURET, François; NOLTE, Ernst. *Fascismo y comunismo* (1999) Madrid: Alianza, p. 14.

como lo demuestra su reivindicación de lo nacional, lo endógeno. En síntesis, «el extremismo universalista del bolchevismo provoca el extremismo de lo particular del nazismo»²⁸.

En cuanto al origen del fascismo, aunque no deja de reconocer una cierta ideología profascista o fascistizante presente en la mentalidad europea de fines del siglo XIX y principios del XX, subsumida especialmente dentro de tendencias nacionalistas y contrarrevolucionarias cuyo mejor ejemplo es la *Action Française* de Charles Maurras²⁹, el fascismo no habría entrado en la escena de la historia de no haberse producido un hecho crucial, y este no es, como *prima facie* parecería, la Gran Guerra, sino la Revolución de los bolcheviques en Rusia. Y es que esta fue un auténtico punto de inflexión en la historia contemporánea de Europa «porque por primera vez un partido ideológico había tomado el poder en forma exclusiva en un gran Estado y estaba manifestando en forma persuasiva la intención de desencadenar guerras civiles en todo el mundo»³⁰. Es este impulso radicalmente revolucionario y violento desde la izquierda el que provoca la cristalización definitiva de la ideología fascista. Respecto al aspecto cultural del fascismo, sus ritos, símbolos y desfiles son manifestaciones a las cuales Nolte no presta atención, ni las utiliza como fuente, más preocupado por las declaraciones de los líderes políticos y su plasmación en forma de políticas concretas que por los rituales colectivos.

De esta definición del fascismo se puede colegir con facilidad la posición de Nolte en otras disputas respecto al fascismo. En tanto la *trascendencia* va más allá de lo político, sino que significa el proyecto moderno emancipador, humanista, racionalista e ilustrado que desemboca en la civilización de masas científico-técnica, no es difícil identificar su concepto de *trascendencia* con el mucho más común de *modernidad*³¹. Siguiendo este esquema, el fascismo se define como una ideología netamente antimoderna. Su lucha es ante todo una lucha espiritual que propende a tranquilizar a los seres humanos «contra la angustia de ser libres y carentes de determinaciones»³², y para ello intenta la restauración de la antigua *comunidad orgánica*, donde el ser humano era parte integrante de un organismo vivo, de una auténtica *Volksgemeinschaft*. Por otro lado, la relación entre revolución y contrarrevolución en el fascismo es, para Nolte, una relación compleja.

²⁸ *Ibidem.*, p. 15.

²⁹ *Ibidem.*, p. 97.

³⁰ NOLTE, Ernst. *Guerra civil europea* (2001): *op.cit.*, p. 51.

³¹ GRIFFIN, Roger. *Fascismo* (2018): *op.cit.*, p. 49

³² FURET, François; NOLTE, Ernst. *Fascismo y comunismo* (1999): *op.cit.*, p. 14.

Considera que el fascismo «no buscaba la contrarrevolución, sino lo contrario de la revolución» y que «en el mismo concepto de contrarrevolución hay un pedazo de revolución»³³. De lo cual concluye que el fascismo no es netamente un fenómeno revolucionario ni contrarrevolucionario, sino una mezcla de ambos componentes. Y es que el fascismo dio a la extrema derecha europea algo que no había tenido desde 1789, la postulación de una *magia del futuro* de la que carecían los reaccionarios decimonónicos y capaz de competir con la revolucionaria. Por ello, «la novedad del fascismo en la historia consistió en emancipar a la derecha europea de los insuperables callejones sin salida de la idea contrarrevolucionaria»³⁴.

Nolte concibe al fascismo como una ideología esencialmente reactiva, una negación de las otras dos grandes ideologías del siglo, una *antideología*, puesto que «el fascismo nace como reacción de lo particular contra lo universal, del pueblo contra la clase, de lo nacional contra lo internacional»³⁵. Pero, aunque el fascismo se opone tanto al liberalismo como al socialismo, se observa una asimetría en la postura de Nolte. Pues, mientras que apenas se encuentran referencias dispersas a la oposición entre liberalismo y fascismo, se explaya y construye la tesis esencial de su relato histórico en la oposición entre fascismo y comunismo, o entre los representantes estatales de ambos, el nacionalsocialismo y el bolchevismo. Nolte asevera que «la única manera profunda de abordar el estudio de las dos ideologías (...) el comunismo marxista-leninista y el fascismo, consiste en tomarlos juntos, como las dos caras de una aguda crisis de la democracia liberal, sobrevenida con la guerra de 1914-18»³⁶. Ambos se oponen a la democracia liberal, el fascismo desde la defensa de una *antigua sociedad orgánica* y el socialismo en aras de la *futura sociedad socialista*, y ambos se oponen entre sí de una manera mucho más radical. El fascismo es una respuesta revolucionaria de derechas particular-nacional a la propuesta revolucionaria de izquierdas universal-social, es por tanto una *tercera vía* revolucionaria. De aquí se deriva lo que Nolte denomina la «teoría histórico-genética»³⁷ del totalitarismo. En efecto, frente al análisis *estructural* del totalitarismo realizado por los politólogos, que toman ambas ideologías como dos hechos *estáticos*, Nolte postula una versión más diacrónica, en donde la comparación entre ambos se encuentre incardinada dentro del

³³ *Ibidem.*, p. 98.

³⁴ *Ibidem.*, p. 118.

³⁵ NOLTE, Ernst. *Guerra civil europea* (2001): *op.cit.*, p. 21.

³⁶ FURET, François; NOLTE, Ernst. *Fascismo y comunismo* (1999): *op.cit.*, p. 51.

³⁷ *Ibidem.*, p. 26.

movimiento general de la historia. En ella se afirma que el devenir de la historia dispuso ambas ideologías en una situación ambivalente de atracción y oposición³⁸, puesto que su acerado antagonismo las retroalimentaba, y las hizo desarrollar una serie de similitudes.

De la *versión histórico-genética* del totalitarismo se deriva una tesis que es la más polémica y discutida del autor. Esta es la de el *nexo causal*, y que se resume en la aserción de que «el Gulag es anterior a Auschwitz»³⁹. Esto significa que el holocausto no le parece un hecho *único* en la historia de la humanidad, por el contrario, afirma que este es consecuencia de las políticas de exterminio de la Unión Soviética. Este es el auténtico sentido de la *Guerra civil europea*: «la Solución final (...) constituye la contraparte exacta de la tendencia a la destrucción absoluta de una clase mundial por parte del bolchevismo. En este sentido, se trata de la copia, traducida a términos biologicistas, de un original social»⁴⁰. En resumen, la violencia practicada por los fascistas es una respuesta en los mismos términos a la violencia de los comunistas. Es evidente que la tesis del *nexo causal* contiene una serie de implicaciones morales insoslayables. Aquí Nolte realiza una diáfana *inversión de la culpa*. Ya no es el fascismo el principal responsable de la tragedia europea del siglo XX, sino que la *culpa* de los crímenes del siglo pasado es aquí dispuesta sobre la espalda del bolchevismo y, por extensión, del comunismo europeo⁴¹.

En conclusión, en la exposición de Nolte del fascismo este se inscribe en un *isomorfismo dialéctico* junto al comunismo. Isomorfismo indica una comparación entre dos elementos que, superficialmente se aparecen como diferentes, pero en su estructura interna son iguales. Así, las evidentes y ciclópeas diferencias entre ambas ideologías no serían más que su epidermis; pero, en su núcleo esencial, en su estructura interna, ambas son idénticas, pues comparten una pulsión totalitaria respecto a la sociedad. Por ello mismo su relación cabe calificarla como *dialéctica*, porque es algo más que de oposición, sino que ambas contienen en sí mismas una parte de la otra. En términos hegelianos, podríamos sintetizar el esquema de Nolte en que la concreción histórica del marxismo, el bolchevismo, constituiría la *tesis* de una nueva sociedad; el fascismo, especialmente en su forma nacionalsocialista erigiría la *antítesis* de esta. La unión entre ambos, la *síntesis* final es el totalitarismo, auténtico *zeitgeist* del siglo XX europeo.

³⁸ *Ibidem.*, p. 40.

³⁹ *Ibidem.*, p. 45.

⁴⁰ NOLTE, Ernst. *Guerra civil europea* (2001): *op.cit.*, p. 488.

⁴¹ *Ibidem.*, p. 32.

3) EL GIRO CULTURAL.

En los albores de la década de 1980 surgió un nuevo paradigma hermenéutico del fascismo, que puede calificarse de *giro cultural* y que impulsaría una renovación completa este campo historiográfico. Como su nombre indica, el rasgo más destacado de esta corriente *culturalista* era la aplicación de los métodos y conceptos de la historia cultural al estudio de la política fascista, con lo cual se concluía que el fascismo había sido no solo una ideología, sino también una antropología, una cultura, una revolución y una cosmovisión. En virtud de esto, esta corriente contribuyó a resaltar aspectos hasta entonces ignorados del fascismo, como los mitos que los impulsaban, los símbolos con los que se identificaban y las liturgias en las que participaban.

Otro rasgo de este enfoque es que dejó de ver al fascismo como un *accidente* en la historia de Europa y se dispuso a excavar en el pensamiento occidental moderno para encontrar en él las auténticas raíces del fascismo, concibiéndolo como un elemento perfectamente coherente dentro del esquema general de la misma. Por otra parte, el giro cultural impulsó a tomarse en serio la ideología fascista, analizando las fuentes primarias –los textos y discursos de los fascistas– sin prejuicios ni sesgos ideológicos previos que los mutilaban como al lecho de Procusto, el estudio de la autorrepresentación fascista permitió concluir que se trataba de una ideología tan coherente y articulada como los otros grandes sistemas de pensamiento modernos⁴².

En este trabajo analizaremos las teorías sobre el fascismo los dos principales profetas y exponentes de este *giro cultural*, George Mosse y Zeev Sternhell, cuyas aportaciones teóricas desbrozaron el terreno y abrieron el sendero a esta corriente, además de que su divergencia muestra la fertilidad de este tipo de enfoque. Y, a continuación, reseñaremos los intentos de síntesis entre el nuevo enfoque culturalista y el clásico enfoque objetivista, de Emilio Gentile y Stanley Payne; y la posterior defensa de Roger Griffin. Pero la historiografía culturalista del fascismo no solo se limita a estos autores, pues en las últimas décadas ha surgido una auténtica pléyade de historiadores que aplican este enfoque, entre los que se encuentran Eugen Weber, Stuart Woolf, Walter Laqueur, Roger Eatwell, Richard Thurlow, Juan Linz., Aristotle Kallis, Ismael Saz, Franco Savarino, Juan Antón Mellón, Angelo Tasca, Constantin Iordachi, entre muchos otros.

⁴² Cfr., GRIFFIN, Roger (2019): *op.cit.*, pp. 50-59 y pp. 74-82.

3.1) George Mosse: el fascismo como revolución espiritual nacionalista.

George Mosse (1918-1999) fue un historiador germano-estadounidense, nacido en la turbulenta Alemania de Weimar, de la cual tuvo que emigrar en 1933, a raíz del ascenso del nacionalsocialismo. Desde su cátedra en la Universidad de Wisconsin se convirtió en uno de los más conspicuos historiadores contemporaneistas, como lo demuestra el hecho de ser uno de los cofundadores del *Journal of Contemporary History*. Especializado en historia cultural y en nacionalismo, unió sus dos grandes intereses siendo pionero en realizar una historia cultural del fascismo. Para la confección de este trabajo utilizaremos tres de sus obras fundamentales a este respecto: el artículo seminal *The Genesis of Fascism* (1966); su célebre libro *la Nacionalización de las masas* (1974); y la obra *Fascist Revolution* (1999), una recopilación ulterior de todos sus trabajos sobre el fascismo.

El proyecto historiográfico de Mosse es una revalorización de la dimensión política subjetiva, soslayada y desdeñada hasta entonces por el establishment universitario oficial, mayoritariamente marxista, por ello nos encontramos con un autor radicalmente subjetivista, es decir, considera que el análisis histórico debe ir presidido por las estructuras culturales, *a fortiori* cuando este se focaliza en un fenómeno tan *sui generis* como el fascismo, ya que «the class analysis, a favorite of many historians, cannot really capture the essence of fascism»⁴³. El autor define a la *cultura* como «a dealing with life seen as a whole—a totality» y a la *historia cultural* «the perceptions of men and women, and how these are shaped and enlisted in politics at a particular place and time»⁴⁴. Es decir, la cultura es una completa *Weltanschauung*, articulada por un *mythos*, conglomerado de representaciones mentales; y por un *ethos*, ristra de comportamientos y actitudes compartidas. Y la historia cultural constituye el estudio de estos como fuentes primarias para capturar la esencia de las cosmovisiones pretéritas. En relación con esto, Mosse postula la necesidad heurística de la *empatía metodológica*, la cual se basa en la aserción de que todo fenómeno político-cultural debe ser comprendido *desde dentro de sí mismo*, desde su *autorrepresentación*, esto es, evitando las consideraciones de carácter moral, porque la ética es el velo de maya que cubre el rostro de Clío y le impide observar verazmente los hechos históricos. Aplicada al fascismo consiste en «fascism considered as a cultural movement means seeing fascism as it saw itself and as its followers saw it,

⁴³ MOSSE, George. *The fascist Revolution: toward a general theory of fascism* (1999) New York: Howard Fertig, p. x.

⁴⁴ *Ibidem.*, p. xi.

to attempt to understand the movement in its own terms»⁴⁵. En consecuencia, para comprender cabalmente el fenómeno fascista es necesario llevar a cabo una *epojé* ética.

Mosse considera al fascismo genérico como una categoría taxonómica válida, puesto que «fascist movements had their differences but they shared a common approach to politics»⁴⁶, y dentro de esta categoría incluye tanto al fascismo y el nacionalsocialismo como a los otros movimientos fascistas europeos subsidiarios, pues a pesar de formar un curioso caleidoscopio ideológico, eran poseedores de un núcleo ideológico común. No obstante, Mosse establece una división geográfica dentro de los fascismos utilizando como piedra de toque la importancia del racismo y el antisemitismo. Mientras que estos eran un componente ajeno a los fascismos de Europa Occidental, «it was only in central and eastern Europe that racism was from beginning an integral part of fascist ideology»⁴⁷. Entre las razones históricas de este hecho arguye los inveterados problemas de construcción nacional y las minorías judías establecidas en estos territorios, las cuales «gave fascism an enemy who could be single as symbolizing the forces which must be overcome»⁴⁸, porque representaban a su vez el capitalismo plutócrata y el marxismo internacionalista. Mosse enmarca al Holocausto como una forma de exterminio exclusiva de los fascismos centro-orientales, dominados por un impulso expansivo, milenarista y violento, cuyo evidente paradigma es el nacionalsocialismo.

No encontramos en Mosse una fórmula definitoria del fascismo como en otros autores. Esto tiene que ver con su concepción del fascismo como una ideología política sumamente singular, puesto que «el pensamiento político fascista y nacionalsocialista no puede juzgarse en función de la teoría política tradicional. Apenas tiene elementos en común con sistemas racionales y lógicamente contruidos como los de Hegel y Marx»⁴⁹, por el contrario, el fascismo era una teología política cuyo pensamiento se expresaba mediante una liturgia. Por ello Mosse sentencia escuetamente que el fascismo fue primordialmente una «attitude toward life itself»⁵⁰. No obstante, desde un enfoque hermenéutico podemos articular una definición mosseana del fascismo, comprendiendo

⁴⁵ *Ibidem.*, p. x.

⁴⁶ *Ibidem.*, p. xvii.

⁴⁷ MOSSE, George. "The genesis of fascism" (1966). En: *Journal of contemporary history*. Cambridge: Vol. 1, No. 1, pp. 14-26, p. 24.

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ MOSSE, George. *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al III Reich* (2005). Madrid: Marcial Pons, p. 24.

⁵⁰ MOSSE, George. *Fascist Revolution* (1999): *op.cit.*, p. 12.

al fenómeno como *una revolución espiritual nacionalista*. En primer lugar, «revolution is defined as the forceful reordering of society in the light of a projected utopia», en base a esta fórmula «fascism must be understood as a national revolution with its own ideology and its own goals»⁵¹, es decir, el fascismo era portador de un proyecto utópico-revolucionario único, con lo cual es incorrecto reducirlo a ser mera *contrarrevolución*, ya que, a diferencia del fascismo «reaction rejected all revolution, opted for the *status quo*, and looked back to the *ancien régime* for its models»⁵². La Revolución fascista era un tipo particular de revolución, pues ella era una «revolution of the spirit»⁵³ en la cual lo político-ideológico tenía primacía sobre lo económico-material.

El segundo componente de la definición mosseana se refiere al hecho de que el fascismo era, ante todo, un fenómeno *espiritual*, porque en él «the mystical side of the ideology dominated, the 'magic'; a fascist revolution must recognize the 'primacy of the spiritual'»⁵⁴. Esto implica que el fascismo «with its symbols, rites and confession of faith became a civic religion»⁵⁵. La religión cívica fascista surge con la entrada de las masas en la historia, se hizo perentorio organizarlas y dirigirlas, y esto «obligó a la política a convertirse en un drama basado en los mitos y en sus símbolos; un drama al que se otorgaba coherencia mediante un ideal de belleza determinado de antemano»⁵⁶. Por ello otra de las características cruciales de la cultura fascista es la denominada «estetización de la política»⁵⁷, esta fue la fuerza que vehiculó los mitos, los símbolos y el sentimiento de las masas, ya que «los principios estéticos, al funcionar como elemento unificador del culto nacional, se convirtieron en algo crucial para el nuevo estilo político»⁵⁸. El contenido de la religión fascista era un «esnobismo de lo absoluto»⁵⁹, puesto que esta se fundamentaba en la huida de la monotonía y *ennui* de la sociedad burguesa, y la búsqueda de experiencias que elevaran el espíritu. El elemento más importante de la fórmula definitoria tripartita es el nacionalismo, según el autor «nationalism is a belief system which provided the foundation for all fascist movements, it was the bed rock upon which they were built»⁶⁰, puesto que la idea de comunidad nacional presente en el fascismo es

⁵¹ *Ibidem.*, p. xi.

⁵² MOSSE, George. *Genesis of fascism* (1966): *op.cit.*, p. 23.

⁵³ MOSSE, George. *Fascist Revolution* (1999): *op.cit.*, p. 42.

⁵⁴ MOSSE, George. *Genesis of fascism* (1966): *op.cit.*, p. 19.

⁵⁵ MOSSE, George. *Fascist Revolution* (1999): *op.cit.*, p. xiii.

⁵⁶ MOSSE, George. *Nacionalización de las masas* (2005): *op.cit.*, p. 22.

⁵⁷ *Ibidem.*, p. 35.

⁵⁸ *Ibidem.*, p. 135.

⁵⁹ *Ibidem.*, p. 38.

⁶⁰ MOSSE, George. *Fascist Revolution*: *op.cit.*, p. xi.

calcada a la del nacionalismo decimonónico. A su vez, el fascismo toma del nacionalismo el *estilo político*. Ambos fenómenos políticos son un conglomerado de mitos, el fascismo se yuxtapone al nacionalismo al modo de un palimpsesto, fagocitando de este la comunidad identificativa y el uso de una liturgia para la cohesión de esta. En tanto «the fascist myth was based upon the national mystique»⁶¹ es posible inferir que «in the last resort, all fascisms were nationalisms»⁶².

Este autor representa una posición intermedia en la pugna sobre si el fascismo fue una ideología *autónoma* o *determinada*. Por un lado, cree que el fascismo posee antecedentes culturales perfectamente coherentes con la mentalidad europea, ya que «fascism (although of course the word was not used at the time) originated in the attack on positivism and liberalism at the end of the nineteenth century»⁶³. Fueron especialmente dos pensadores del *fin de siècle* quienes construyeron la práctica totalidad del sistema de pensamiento fascista: Georges Sorel y Gustave Le Bon. Lo que los unía era la una impugnación al positivismo, el liberalismo, la democracia y, en definitiva, todo lo que representaba la sociedad burguesa⁶⁴. Pero esta búsqueda de raíces culturales profundas no es óbice para que reconozca la importancia que en su eclosión tuvo la Primera Guerra Mundial, ya que «el derrumbamiento de Europa tras la guerra fue un componente esencial del fascismo y le proporcionó gran parte de su atractivo popular»⁶⁵. La mayoría de sus militantes y líderes provenían de la guerra, a la que vivieron como una experiencia catártica, y lo que inicialmente los impelía era continuarla en tiempos de paz, esto es que «the *élan* of the battlefield was transformed into activism at home»⁶⁶.

El fascismo, «was a new political movement but a movement which invented anything new»⁶⁷, puesto que los principales ingredientes de su ideología estaban tomados de otras, lo que en él es original es particular mixtura que hace de ellos, por esto es que el fascismo una ideología *positiva*. Por otro lado, el fascismo introducía «the modern technology if this could be embedded within fascist myths»⁶⁸, aunque el movimiento se basaba en una visión orgánica de la sociedad no tuvo reparos alguno en incorporar un culto a la

⁶¹ *Ibidem.*, p. 23.

⁶² *Ibidem.*, p. 48.

⁶³ MOSSE, George. *Genesis of fascism* (1966): *op.cit.*, p. 14.

⁶⁴ *Ibidem.*, pp. 14-16.

⁶⁵ MOSSE, George. *Nacionalización de las masas* (2005): *op.cit.*, p. 17.

⁶⁶ MOSSE, George. *Genesis of fascism* (1966): *op.cit.*, p. 17.

⁶⁷ MOSSE, George. *Fascist Revolution* (1999): *op.cit.*, p. xvi.

⁶⁸ *Ibidem.*, p. 27.

tecnología moderna, por ello es posible inferir el fascismo era una fenómeno político netamente *moderno*. Respecto a la posición que Mosse le atribuye en el espectro político considera que se trataba de «a “Third Way” between Marxism and capitalism»⁶⁹. Tanto respecto al marxismo como al liberalismo el fascismo mantiene una relación magnética, de atracción-oposición. Se oponía al marxismo por disponer lo *espiritual* por sobre lo *económico* y por erigir en agente histórico a la *Nación* en vez de a la *clase*; a su vez, se semejaba a él por estar basado en el ideal de *soberanía popular*, lo cual significa «a democracy of the masses in which the people would in theory directly govern themselves»⁷⁰. Por su parte, el fascismo se consideraba antiburgués, pero la categoría *burgués* no se refería a una clase, sino que se identificaba con lo viejo, lo esclerótico, lo aburrido. Por el contrario, el fascismo compartía la burguesía un *ethos* común, lo que Mosse llama «the middle-class morality»⁷¹, basada en el orden, la obediencia, la jerarquía. y las relaciones socio-familiares tradicionales. Respecto a la problemática categoría de *totalitarismo* el germano considera que sí es una herramienta válida de análisis, pero con limitaciones. Es un término útil para la comparación de los regímenes comunista y fascista en la medida que logra captar que ambos son parte del *zeitgeist* de la entrada de las masas en la vida política y la subsiguiente crisis de la democracia liberal por su incapacidad de subsumirlas dentro del sistema, pero conlleva el peligro inherente de realizar una identificación excesiva entre ambos sistemas, soslayando las enormes diferencias que ambas ideologías presentan⁷².

En conclusión, el fascismo fue una *tercera vía* revolucionaria, por su carácter esencialmente emocional se trataba *revolución espiritual*, pues en ella lo *ideológico* primaba sobre lo *material*. Inicialmente una *actitud ante la vida* que se transformó en una *religión cívica*, expresada litúrgicamente mediante ritos y símbolos colectivos que muestran una total *estetización de la política*. La clave de bóveda del fascismo era el *nacionalismo*, pues su objetivo ulterior era la dirección de las masas y su unificación mística en una renovada *Volksgemeinschaft* o vetusta comunidad orgánica como antídoto contra la decadente sociedad burguesa y el peligro disgregador marxista. En definitiva, el fascismo es la compleción de la *nacionalización de las masas*, el proceso cultural de *longue dureé* más importante de la Europa contemporánea.

⁶⁹ *Ibidem.*, p. 42.

⁷⁰ *Ibidem.*, p. 2

⁷¹ *Ibidem.*, p. 20.

⁷² *Ibidem.*, pp. 2-6.

3.2) Zeev Sternhell: la filogénesis heteróclita de la ideología fascista.

Zeev Sternhell (1935-2020) fue un historiador israelí de origen judeo-polaco, especializado en la historia de las ideas, especialmente la historia del pensamiento francés decimonónico. Aquí utilizaremos sus dos obras fundamentales respecto al fascismo: el capítulo *The fascist ideology* de la obra colectiva dirigida por Walter Laqueur *Fascism, a reader's guide* (1976); y el libro *El nacimiento de la ideología fascista* (1994), su *opus magnum* sobre el tema, que desató un debate nacional en Francia al desarticular el mito de que la cultura política francesa había sido ajena al fascismo. A la dimensión subjetiva de la política Sternhell la concibe como *ideología*, definida como «the sets of ideas by which men explain and justify the ends and means of organized social action, with the aim of preserving or reconstructing a given reality»⁷³, por ello Sternhell se ocupará en exclusiva de la *alta cultura*, de los sistemas de pensamiento producidos por los intelectuales y su fuente principal de estudio serán obras filosóficas y literarias. Según el autor «la ideología es la interacción entre cultura y política, reflejando la relación entre la adopción de posiciones intelectuales y su transformación en acción»⁷⁴, lo cual implica un subjetivismo radical, pues la ideología no solo es independiente respecto a lo material, sino que además es anterior a este y lo determina plenamente, evidente inversión del esquema marxista.

Una de las tesis más originales –y polémicas– de Sternhell es la total *autonomía* de la ideología fascista, lo cual conlleva estipular que la Gran Guerra no tuvo influencia alguna en el surgimiento del fascismo porque «for on the eve of the first world war the essentials of fascist ideology were already well defined. The word did not exist yet, but the phenomenon it would designate had its own autonomous existence»⁷⁵. De igual manera, considera que la Revolución Rusa tampoco tuvo importancia en el surgimiento del fascismo, rechazando de manera explícita la teoría genética de Nolte, que califica como una apología exculpatoria del nacionalismo alemán. La tan sobredimensionada crisis de posguerra no tuvo relevancia en el surgimiento del fascismo, por el contrario, este es el pináculo de un dilatado y atávico proceso cultural europeo, surgido no de multitudes

⁷³ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology*. En: LAQUEUR, Walter (ed.) “Fascism: a reader’s guide” (1976) Berkeley: University of California Press, p. 318.

⁷⁴ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994) Madrid: Siglo XXI, p. 3.

⁷⁵ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1976): *op.cit.*, p. 321.

enardecidas y uniformadas sino de oscuros conciliábulos intelectuales, porque en este caso, y en todos los demás «la revuelta cultural precedió a la revuelta política»⁷⁶.

El fascismo sternhelliano es una especie de *tipo ideal* webberiano, un sistema abstracto que solo existe en el mundo de las ideas pero que no se encarna empíricamente. Este *tipo-ideal* se forma a partir de las obras de un conjunto de pensadores del conglomerado cultural ítalo-francés. De aquí puede colegirse otra de las tesis polémicas del autor, que es la total exclusión del nacionalsocialismo de la categoría del fascismo, ya que ambas ideologías «difieren en una cuestión fundamental: la piedra de toque del nacionalsocialismo alemán es el determinismo biológico. Lo que constituye el fondo del nazismo es el racismo en su sentido más extremo»⁷⁷. Aunque reconoce la existencia de ciertos puntos de contacto entre ambas ideologías, hasta el punto de que quizá el nazismo pueda ser una versión radical del fascismo, seguirían siendo dos ideologías diferentes porque «the exacerbation of a political phenomenon being in itself a new and different phenomenon»⁷⁸. En virtud de la exclusión del nazismo de la categoría de fascismo, se excluye también el racismo biológico que lo caracterizaba. Por el contrario, el antisemitismo, el cual considera que es un arma contra el humanismo igualitario y racionalista inherente a la democracia liberal, como muy bien demostró el *Affaire Dreyfus*, asevera que sí está presente en la tradición cultural que dio origen al fascismo⁷⁹.

Al ser la exégesis sternhelliana de carácter filogenético, su definición está ligada a la cuestión de sus orígenes. El fascismo fermenta en un clima intelectual particular, que el autor denomina la «crisis intelectual de los 1890s»⁸⁰, y su filogénesis es heteróclita, pues está compuesta por una tríada ideológica, formada en la Europa de la *Belle Époque*. El primero de estos elementos es la *revisión antimaterialista del marxismo* llevada a cabo por Georges Sorel (1847-1922). Filosóficamente el antimaterialismo «significa el rechazo total de la visión del hombre y de la sociedad elaborada de Hobbes a Kant»⁸¹, una enmienda a la totalidad a la cultura política hegemónica en la Europa decimonónica. A su vez, frente al gélido economicismo del marxismo tradicional, Sorel realiza una apología de la violencia destructora y esgrime un psicologismo basado en mitos, pues

⁷⁶ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994): *op.cit.*, p. 386.

⁷⁷ *Ibidem.*, p. 4.

⁷⁸ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1976): *op.cit.*, p. 317.

⁷⁹ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994): *op.cit.*, p. 190.

⁸⁰ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1976): *op.cit.*, p. 320.

⁸¹ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1976): *op.cit.* p. 8.

considera que es la única manera válida de movilizar a las masas contra el orden burgués, porque para él «la esencia del marxismo reside en el contenido simbólico y apocalíptico del sistema (...) la única función histórica del marxismo es la de servir de máquina de guerra»⁸². Posteriormente, Sorel y sus epígonos se percatan de que el proletariado europeo –atenazado por la esclerotización de los partidos socialistas– es incapaz de llevar a cabo una revolución por sí mismo, y lo sustituirán por otro agente revolucionario: la Nación. En efecto, entre la Escala de un «un socialismo proletario pero moderado» y la Caribdis de «un socialismo sin proletariado pero revolucionario y nacional»⁸³ optarán por lo segundo. En síntesis, Sorel vacía al marxismo de su contenido hedonista, materialista y racionalista sustituyéndolo por uno de tipo mítico, voluntarista y vitalista. Tras este proceso, el marxismo quedará reducido a ser un ariete contra las murallas del orden establecido, ya no para emancipar al proletariado sino para unificar la Nación.

El otro elemento de la tríada ideológica que da origen al fascismo es el *sindicalismo revolucionario*, una corriente heterodoxa radical del Partido Socialista Italiano propugnada Arturo Labriola (1873-1959). La ideología de los sindicalistas revolucionarios se caracterizará por la enardecida defensa de la huelga general como elemento revolucionario, porque «en ella ven la esencia de la *acción directa* (...) el instrumento por excelencia de la canalización de los trabajadores hacia el proyecto revolucionario»⁸⁴. No obstante, al igual que los sorelianos los sindicalistas revolucionarios acaban decepcionados de la incapacidad revolucionaria del proletariado, es en este punto cuando se produce el cambio de *sindicalismo revolucionario* a *sindicalismo nacional*, ya que «se alejaron de la clase y escogieron la Nación como motor de la Revolución. Una clase hace la huelga, una nación hace la guerra»⁸⁵. El tercer ingrediente de la filogénesis fascista es un nuevo tipo de nacionalismo, que Sternhell denomina indistintamente *tribal*, *orgánico* o *integral*, representado por el teórico contrarrevolucionario francés Charles Maurrás (1868-1952) y su partido la *Action Française*. Este nacionalismo de nuevo tipo se trata de una «rebelión desencadenada contra el espíritu de la Revolución francesa»⁸⁶, es decir, que frente al vetusto nacionalismo liberal, que concebía a la Nación como mera *suma de individuos*, este nuevo

⁸² *Ibidem.*, p. 70.

⁸³ *Ibidem.*, p. 36.

⁸⁴ *Ibidem.*, p. 195.

⁸⁵ *Ibidem.*, p. 238.

⁸⁶ *Ibidem.*, p. 10.

nacionalismo surge concibe a la nación como una *unidad integral*. Este nacionalismo también se encuentra preocupado por la *cuestión social*, y busca integrar dentro de la nación a las masas desarraigadas de la sociedad moderna, por ello serán los primeros en formular el término y la teoría del *socialismo nacional*, que implica «that national cohesion would come about through the solution of the social question»⁸⁷.

Sobre la existencia de una *cultura fascista*, Sternhell se fija exclusivamente en la alta cultura, específicamente en dos *vanguardias*: el *futurismo* italiano y el *vorticismo* inglés. Ambas corrientes comparten entre sí –y con el fascismo– el estar basadas en «un soberano desprecio por el viejo mundo burgués, y entonan un canto a la necesidad y a la belleza de la violencia»⁸⁸, por ello funcionan como el trasunto estético de la ideología fascista. Sobre la cuestión de si el fascismo es poseedor de contenidos ideológicos positivos, Sternhell considera que «none of the elements that went to make up fascist ideology were new in themselves. What was new was the synthesis of these elements»⁸⁹. Es por esto que «el bagaje intelectual del fascismo le permite viajar sin compañía, del mismo modo que su cuerpo teórico no es menos homogéneo –o más heterogéneo– que el del liberalismo o el del socialismo»⁹⁰. En el espectro político sitúa al fascismo como «una tercera vía revolucionaria entre los dos grandes conjuntos de ideas que dominan la vida política de la época»⁹¹. Y, sobre el totalitarismo postula que «*Totalitarianism is the very essence of fascism, and fascism is without question the purest example of a totalitarian ideology*»⁹², esto es, considera al fascismo como el paradigma de ideología totalitaria, ya que en él, a diferencia del totalitarismo estalinista, la práctica totalitaria es concordante con la teoría política subyacente, fundamentada en la defensa del poder omnímodo del Estado.

De ningún modo cabe identificar el fascismo con la reacción, ya que «fascism aimed to create both a new type of man and a new civilization (...) these objectives were not ones to which the classic right could subscribe»⁹³. En virtud de esto el fascismo posee la categoría plena de *revolución*, «una revolución antiliberal y antimarxista, (...) una revolución moral, intelectual y política, una revolución nacional»⁹⁴; y cuyo objetivo

⁸⁷ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1976): *op.cit.*, p. 326.

⁸⁸ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994): *op.cit.*, p. 39.

⁸⁹ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1976): *op.cit.*, p. 337

⁹⁰ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994): *op.cit.*, p. 9.

⁹¹ *Idem.*

⁹² STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1976): *op.cit.*, p. 356.

⁹³ *Ibidem.*, p. 359.

⁹⁴ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994): *op.cit.*, p. 195.

ulterior es «re-create that unity which had been ruptured by liberalism and individualism»⁹⁵. La relación entre fascismo y modernidad es en Sternhell un tema complejo. Pues, por un lado, considera que el fascismo no fue ningún *paréntesis* o *infección* en la historia contemporánea de Europa, como postulaban los atribulados intelectuales de la inmediata posguerra, sino que «el fascismo es parte integral de la historia de la cultura europea»⁹⁶, lo cual nos llevaría a elucidar su pleno estatus de modernidad. Empero, por otro lado, Sternhell ve en el fascismo una «general revolt against the values inherited from the French Revolution and the Enlightenment»⁹⁷, o lo que es lo mismo la modernidad filosófica y la modernidad política. He ahí una antinomia de difícil resolución.

En la relación con el marxismo el fascismo puede considerarse como vástago del socialismo, fruto de la unión contranatura entre este y el nacionalismo integral, solo que en este caso, a diferencia de Crono y su progenie, es el hijo el que acaba devorando al padre. Empero, por otro lado, también formula que la relación de fascismo y socialismo es de mutua hostilidad. A su vez considera que política y filosóficamente el fascismo es una recusación de todo lo que el liberalismo implica. Mas este antiliberalismo es ciertamente paradójico, puesto que no va aparejado de anticapitalismo. En efecto, el fascismo disocia el sistema económico vigente –el capitalismo– de la filosofía subyacente –el liberalismo– y mientras mantiene intacto el primero abomina del segundo como encarnación de todos los males.

En conclusión, según la hermenéutica sternhelliana el fascismo existió como ideología política mucho antes de su encarnación histórica como régimen, nacido del inusitado encuentro entre un socialismo antimaterialista radicalmente revolucionario y un nacionalismo organicista que buscaba subsumir a las masas dentro de la Nación. La ideología fascista fue impelida por el odio visceral al orden liberal-burgués vigente y sus valores subsidiarios –racionalismo, materialismo, humanismo–; frente al cual «they offered a brand of neo-idealism that put the spiritual above the material (...) as an alternative to the product of European rationalism they offered the cult of feeling, emotion, and violence»⁹⁸.

⁹⁵ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1975): *op.cit.*, p. 358.

⁹⁶ STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994): *op.cit.*, p. 1.

⁹⁷ *Ibidem.*, p. 326.

⁹⁸ STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology* (1976): *op.cit.*, p. 339.

4) LOS INTENTOS DE SÍNTESIS.

4.1) Stanley Payne: una descripción funcional del fascismo.

Stanley Payne (1934-) es uno de los grandes especialistas en la historia de Europa y España del siglo XX, con obras fundamentales sobre la República, la Guerra Civil y el franquismo. Inicialmente enmarcado dentro de un paradigma historiográfico progresista, en las últimas décadas ha virado su concepción, acercándose a las tesis revisionistas de carácter conservador. Sobre el tema del fascismo ha publicado dos obras fundamentales: *El fascismo* (1980), que funge como una breve introducción al tema e *Historia del fascismo* (1995), una obra mucho más extensa, completa y actualizada, razones por las cuales nos centraremos en ella.

Payne considera dudoso que exista una definición sobre el fascismo tal que sea capaz de captar la compleja totalidad de esta ideología. Casi todas las que se han propuesto son o excesivamente reduccionistas o fácilmente refutables, por ello «los residuos que quedan de tales tentativas han llegado a parecerse, a los restos de un campo de batalla cubierto de escombros abandonados o quemados»⁹⁹. Debido a estos antecedentes tan poco halagüeños Payne renuncia a formular una definición, en vez de esto propondrá lo que denomina una «descripción funcional», la cual tenga por objetivo «estudiar el fascismo como un fenómeno genérico y comparativo» y tome la forma de «una construcción teórica o tipo ideal»¹⁰⁰. Como *descripción* es «un inventario general de sus características»¹⁰¹, es decir una caracterización; y es *funcional* porque «se sugiere meramente como un procedimiento analítico con fines de análisis y definición comparativos»¹⁰², esto es como recurso heurístico en vez de como definición dogmática. La *descripción funcional* toma la forma de una clasificación tipológica, subdividida en tres categorías, que aúnan tanto elementos *objetivos* como *subjetivos* de la política, por ello interpretamos la exégesis de este autor al autor como un intento de síntesis entre la historiografía *objetivista* y la *culturalista*.

La primera categoría se refiere a la *ideología y objetivos*: fundamentada en un basamento filosófico de carácter idealista, vitalista y voluntarista; tiene como finalidad de construir una nueva forma de Estado, de carácter nacionalista autoritario; formula una nueva estructura económica –corporativismo– divergente del capitalismo y comunismo;

⁹⁹ PAYNE, Stanley. *Historia del fascismo* (1995): *op.cit.*, p. 621.

¹⁰⁰ *Ibidem.*, p. 12.

¹⁰¹ *Ibidem.*, p. 13.

¹⁰² *Ibidem.*, p. 14.

apología de la guerra y la violencia y consideración de estas como elemento legítimo de lucha política. La segunda categoría son las *negaciones fascistas*, pues este era antiliberal, anticomunista y anticonservador. Por último, la categoría del *estilo y organización fascistas*: impulso a la movilización de las masas que junto a la militarización de la política conlleva la creación de un partido-milicia; construcción de un estilo estético que se refleja en los ritos y símbolos, enfatizando los aspectos místicos y emocionales de la ideología por encima de los racionales; una visión *orgánica* de la sociedad, vista como unidad viva; sentimiento de revuelta generacional que exalta a la juventud y su carácter energético e impulsivo; principio del *Führerprinzip*, basado en un liderazgo autoritario y carismático, en el cual el líder funge como encarnación del Partido y la Nación ¹⁰³.

Tiene una posición intermedia en la querrela sobre el fascismo genérico al afirmar «la reducción común de todos los supuestos fascismos a un único fenómeno genérico absolutamente idéntico es incorrecta» mientras que la posición contraria «un enfoque radicalmente nominalista que (...) peca del defecto opuesto de pasar por alto las semejanzas distintivas»¹⁰⁴. Por lo tanto, al igual que con la *descripción funcional*, Payne cree que el fascismo genérico es exclusivamente una herramienta analítica, más no una categoría indubitable, en este sentido «el fascismo genérico es una abstracción que no existió nunca en forma empírica pura, pero sirve de procedimiento conceptual para clarificar el análisis de fenómenos políticos individuales»¹⁰⁵. El arquetipo de este es el fascismo italiano, porque «fue la primera fuerza importante que poseía esas características, como un tipo nuevo, y fue durante mucho tiempo el más influyente»¹⁰⁶. A su vez, la particularidad del nacionalsocialismo se remite a la historia cultural alemana, que con movimientos como el idealismo filosófico, el Romanticismo, el racismo de Chamberlain, la ideología *Völkisch* y la *Konservative Revolution* pavimentaron la calzada por la cual habría de discurrir el *Deutscher Sonderweg*¹⁰⁷. Aún así, el nazismo es agrupado como una variedad del fascismo, una forma radical diferenciada por su racismo.

Sobre los orígenes del fascismo asevera «las raíces culturales del fascismo se encontraban en ciertas ideas de postrimerías del siglo XIX y en la crisis cultural de fin de

¹⁰³ Cfr., *Ibidem.*, p. 15.

¹⁰⁴ *Ibidem.*, p. 585.

¹⁰⁵ *Ibidem.*, p. 12.

¹⁰⁶ *Ibidem.*, p. 15.

¹⁰⁷ *Ibidem.*, pp. 68-80.

siglo»¹⁰⁸, época en la cual surgen una plétora de teorías que constituyen «una creciente rebelión contra el positivismo que reforzó el enfoque neoidealista de la vida»¹⁰⁹. Surgió también en un nuevo tipo de ideología, que denomina «nacionalismo socialista revolucionario», que fundía las ideologías colectivistas del nacionalismo y el socialismo junto a un impulso de arrasar con el orden liberal, estos grupos «fueron los precursores más inmediatos de lo que, después de 1918, se convertiría en fascismo»¹¹⁰. En definitiva, respecto a la genealogía del fascismo Payne se ciñe a la teoría filogenética de Sternhell, al cual cita como autoridad¹¹¹. En concordancia con esto formula que el fascismo no surgió *ex nihilo* después de la guerra, «pues muchos de los conceptos que crearon el mismo existían ya y no hubo ningún proceso de determinismo teleológico que hiciera ipso facto inevitable que el fascismo dominara una parte importante de Europa»¹¹². En lo que sí influyó el conflicto fue en «una *brutalización* sin precedentes de la vida política»¹¹³, lo que significa que la violencia dejó de estar estigmatizada y pasó a considerarse como una legítima herramienta en la disputa política. Por otro lado, sobre el carácter de la cultura fascista Payne sigue el marco de Mosse de la *religión cívica*, aunque cambiando el adjetivo lo denomina *religión política*, que se basaba en la construcción de «un sistema de mitos que lo abarcaría todo (...) y que uniría a la nación en una nueva fe y una lealtad comunes»¹¹⁴. Una religión política que hacía una inversión de las religiones tradicionales, en ella la salvación ya no se encontrará en la *trascendencia* sino en la *inmanencia*, en este sentido «el fascismo trataba de volver a crear estructuras de mito no racionalistas para quienes habían perdido o rechazado el marco mítico tradicional»¹¹⁵. A su vez, el fascismo desarrolló una forma «política teatral»¹¹⁶ con la finalidad de forjar una comunidad mística mediante ritos fundamentada en lo estético-espiritual.

Aunque Payne considera que las negaciones fascistas son una parte fundamental de la ideología, también afirma «el fascismo no era, sin embargo, nihilista, como han afirmado muchos de sus críticos», por el contrario «los movimientos fascistas poseían filosofías básicas, eclécticas en su carácter y, de hecho, representaban una especie de síntesis de

¹⁰⁸ *Ibidem.*, p. 624.

¹⁰⁹ *Ibidem.*, p. 39.

¹¹⁰ *Ibidem.*, p. 60.

¹¹¹ *Ibidem.*, p. 38.

¹¹² *Ibidem.*, p. 110.

¹¹³ *Ibidem.*, p. 108.

¹¹⁴ *Ibidem.*, p. 18.

¹¹⁵ *Idem.*

¹¹⁶ *Ibidem.*, p. 22.

conceptos de fuentes diversas»¹¹⁷. Por ello, y porque tenía como finalidad la creación de un *hombre nuevo* o una *nueva civilización*, no se trataba de una ideología meramente negativa. A su vez, los fascistas «proyectaban un sentimiento de misión mesiánico, típica de los movimientos revolucionarios utópicos»¹¹⁸. La utopía fascista es una «revolución permanente» que toma la forma de «un nacionalismo expansivo basado en tensiones dinámicas que buscaban constantemente nueva expresión»¹¹⁹. Este anhelo revolucionario era lo que diferenciaba los fascistas de los otros grupos de derecha radical ya que se trataba de «un tipo único y radical de revolución moderna»¹²⁰. Es cierto que el fascismo abrogaba de los valores comúnmente asociadas a la modernidad –racionalismo, materialismo, humanismo–, pero los pretendía sustituir por otros –vitalismo, idealismo voluntarismo– que eran «subproducto directo de los conceptos modernos, seculares, prometeicos del siglo XVIII»¹²¹. El fascismo no solo era moderno sino la más moderna de todas las ideologías en tanto «ningún otro movimiento fue gobernado con tanta intensidad por la doctrina moderna de que el hombre es la medida de todas las cosas»¹²².

En las cuestiones relacionales del fascismo es donde el autor se aleja del consenso historiográfico, dejando entrever un vehemente anticomunismo. Al igual que Nolte establece una filiación causal entre el advenimiento de los bolcheviques y el ascenso del fascismo, porque «el totalitarismo comunista, basado en la violencia sistemática en masa, inició gran parte de las nuevas prácticas e instituciones de los regímenes de tipo fascista»¹²³. Respecto al nacionalsocialismo y el comunismo soviético Payne esgrime una larga lista de semejanzas y concluye que «el nacionalsocialismo hitleriano ofrece un paralelo más cercano al comunismo ruso que cualquier otro sistema no comunista»¹²⁴. Esta analogía nos lleva directamente al concepto de *totalitarismo*, que el autor considera que «es válido y útil si se lo define en el sentido preciso y literal de un sistema de Estado que trata de ejercer el control directo de todos los aspectos importantes de todas las instituciones nacionales importantes»¹²⁵. En este sentido, el fascismo italiano, es un totalitarismo incompleto, pues se trataba de «una dictadura primordialmente política que

¹¹⁷ *Ibidem.*, p. 16.

¹¹⁸ *Ibidem.*, p. 17.

¹¹⁹ *Ibidem.*, p. 18.

¹²⁰ *Ibidem.*, p. 249.

¹²¹ *Ibidem.*, p. 17.

¹²² *Ibidem.*, p. 248.

¹²³ *Ibidem.*, p. 108.

¹²⁴ *Ibidem.*, p. 256.

¹²⁵ *Ibidem.*, p. 251.

presidía un sistema institucional semipluralista»¹²⁶. Y, en una tesis radical e inusitada Payne excluye también al nazismo de la categoría de totalitarismo, pues en la Alemania nazi «se desarrolló, así, una especie de *Estado dual*»¹²⁷ donde las instituciones del Estado convivían con las del NSDAP, con lo cual el nazismo es también un totalitarismo incompleto. Solo la dictadura soviética puede considerarse en una forma de pleno totalitarismo «puesto que el control total requiere la revolución institucional total que solo puede efectuar el socialismo de Estado. El socialismo no tiene que ser totalitario, pero el totalitarismo tiene que ser socialista»¹²⁸. A su vez, contra la historiografía marxista, Payne considera que el fascismo sí era una ideología anticapitalista, su fin era la creación de un nuevo sistema económico –*corporativismo*– que tenía como objetivo la construcción de «una nueva relación funcional para los sistemas sociales y económicos, que eliminaba la autonomía (y en ciertas propuestas, la existencia misma) del capitalismo»¹²⁹. E incluso especula con una hipótesis contrafáctica según la cual un Hitler victorioso habría llevado a cabo una campaña masiva de socializaciones y nacionalizaciones en la economía que habrían barrido el sistema capitalista en concordancia con la primacía de la política sobre la economía que este defendía¹³⁰. Por último, postula que el imperialismo, el racismo y el antisemitismo no eran componentes necesarios del fascismo, pues muchos partidos fascistas no los poseían o los rechazaban, sino que eran exclusivos del nacionalsocialismo, de igual manera remite el Holocausto a la ideología expansionista racial de los nazis, como consecuencia lógica de esta¹³¹.

En conclusión, para Stanley Payne el fascismo es una ideología ecléctica constituida por elementos heterogéneos y diversos que hacen o baladí o imposible postular una fórmula definitoria del mismo. Se caracteriza por oponerse a las ideologías establecidas –liberalismo, comunismo, conservadurismo–. Fundamentado en una filosofía vitalista e idealista, desemboca en una forma de nacionalismo utópico revolucionario vehiculado por una movilización de las masas en base a parámetros estético-litúrgicos. Su objetivo ulterior es la solidificación holística de la comunidad nacional para lo cual no dudan en acudir a la violencia masiva, que copian de sus rivales comunistas. El eje que lo vertebra es el de *Führerprinzip*, un liderazgo carismático capaz de encarnar el *Volkgeist*.

¹²⁶ *Ibidem.*, p. 156.

¹²⁷ *Ibidem.*, p. 230.

¹²⁸ *Ibidem.*, p. 251.

¹²⁹ *Ibidem.*, p. 19.

¹³⁰ *Ibidem.*, p. 612.

¹³¹ *Ibidem.*, p. 479.

4.2) Emilio Gentile: una definición multidimensional del fascismo.

Emilio Gentile (1946-) es un historiador italiano, profesor emérito de la *Università de Roma La Sapienza*. Discípulo del egregio historiador Renzo de Felice, se ha especializado durante toda su vida en el fascismo italiano, labor que expone en la extensa monografía *Fascismo. Historia e interpretación* (2002), que utilizaremos en este trabajo. Gentile rechaza lo que considera un «un concepto *geométrico* de la ideología», es decir, aquel que la concibe como un gélido sistema racional que debe atenerse a una serie de rígidas reglas lógicas, ya que «cualquier ideología tiene una parte emotiva, una parte mítica, una parte normativa, una parte lógica, tiene una función práctica, no teórica; propone modelos de comportamiento, no sugiere métodos de conocimiento»¹³². La ideología, en definitiva, no tiene que ser necesariamente original ni racional, sino ser capaz de construir una cosmovisión.

El autor divide a la ideología en tres dimensiones: la *dimensión organizativa* «que concierne a la composición social, la estructura asociativa, el estilo de vida y los métodos de lucha del partido»; la *dimensión cultural* «que se refiere al modo de concebir al hombre, las masas y la política, es decir, a la ideología y su sistema de principios, valores y fines»; y la *dimensión institucional* «que atañe al conjunto de las estructuras y de las relaciones que constituyen el régimen»¹³³. Esta definición aúna elementos *subjetivos* y *objetivos*, y al aplicarla al fascismo el resultado es, como en Payne, una caracterización tipológica. Por la naturaleza del trabajo nos centraremos en la *dimensión cultural*, constituida por una *cultura*, una *ideología* y una *ética*. Una *cultura* cimentada en un pensamiento mítico junto a un sentido trágico de la vida, combinada con un activismo dinámico y voluntarista que exalta la juventud y lo novedoso. Una *ideología* antimaterialista, antiliberal, antidemocrática y antimarxista, cuyos contenidos positivos se expresaban menos de forma teórica que estéticamente, con lo cual acabaron por crear una sacralización de la política, cuyos ritos y símbolos develaban la ambición de derribar lo existente y construir un *hombre nuevo* y una *nueva civilización*. Una *ética* antiindividualista, de carácter comunitarista, fundada en la primacía del Estado y la subordinación total del individuo a este, erigiendo una *primacía de la política*¹³⁴.

¹³² GENTILE, Emilio. *Fascismo: historia e interpretación* (2004): op.cit., p. 94.

¹³³ *Ibidem.*, 87.

¹³⁴ Cfr., *Ibidem.*, p. 88-89.

Sobre el fascismo genérico, Gentile es el autor más cercano a la posición nominalista, y es que a diferencia de otras ideologías el fascismo nunca ha poseído *universalidad*, esto se debe al nacionalismo extremo de los diversos fascismos, el cual hace que en ellos pese más lo específico que lo universal. En consecuencia «en el fascismo, como fenómeno supranacional, no había una matriz única, ni una unidad ideológica, ni una fuerza propulsora común»¹³⁵. Gentile se lamenta de que el concepto de *fascismo genérico* haya sido objeto de un proceso continuo de *inflación semántica* en el que «ha acabado por asumir el aspecto de una entidad universal y metahistórica que se manifestó y podría manifestarse en cualquier parte, más allá de los propios límites del *fascismo histórico*»¹³⁶, lo que ha propiciado que el vocablo fascismo haya adquirido *ambigüedad* y *elasticidad*. Estas dudas sobre la categoría del *fascismo genérico* se corresponden con lo que denomina una «tendencia a la *desfascistización*» del régimen italiano, consistente en «privar al fascismo de los atributos que le fueron propios y que caracterizaron su individualidad histórica»¹³⁷, y que acaban afirmando que este no fue realmente *fascista* ni *totalitario*. Por el contrario, Gentile busca recuperar la *italianidad* del fascismo, diluir la identificación común entre fascismo y nazismo, y como tal erige al movimiento italiano como el arquetipo de fascismo, ya que este «se convirtió en modelo para otros movimientos nacionalistas revolucionarios antidemocráticos, que siguieron sus pasos y aprovecharon su experiencia como partido y como régimen»¹³⁸. En este sentido, las diversas particularidades del nacionalsocialismo, como la ideología *völkish*, el racismo, el antisemitismo, el imperialismo y el exterminio «determinan claramente su unicidad respecto de los otros *fascismos*, haciendo por tanto muy discutible, en el plano histórico, tanto la identificación entre nazismo y fascismo, como la definición del nazismo en tanto que *fascismo alemán*»¹³⁹. Por ello se adhiere a la tesis sternhelliana de excluir al nazismo de la categoría *fascismo*.

De igual manera, frente a la tendencia de los politólogos a excluir el fascismo de la categoría de totalitarismo, Gentile lo erige en el arquetipo. En primer lugar, porque «el concepto de *totalitarismo* nació históricamente al día siguiente de la *marcha sobre Roma* en simbiosis con y en referencia al fascismo»¹⁴⁰; pero fundamentalmente porque mientras

¹³⁵ *Ibidem.*, p. 74.

¹³⁶ *Ibidem.*, p. 52.

¹³⁷ *Ibidem.*, p. 16.

¹³⁸ *Ibidem.*, p. 20.

¹³⁹ *Ibidem.*, p. 60.

¹⁴⁰ *Ibidem.*, p. 16.

el Estado totalitario era un medio para conseguir una revolución racial en el nacionalsocialismo y una revolución social en el comunismo, en el régimen italiano el Estado totalitario constituía un fin en sí mismo, era el alfa y el omega de la ideología. Simultáneamente, frente a la asunción común de que el fascismo italiano no era racista, el autor cree que sí lo era, pues se enmarcaba «en el ámbito de un proyecto general de revolución antropológica para regenerar el carácter de los italianos, para crear una nueva raza de dominadores y conquistadores»¹⁴¹. En paralelo, «el fascismo había profesado, desde sus orígenes, una vocación imperialista»¹⁴² en concordancia con su idea de construir una *nueva civilización*, que debía empezar por la reorganización de los equilibrios políticos internacionales.

En tanto el fascismo es un fenómeno originalmente italiano, sus antecedentes históricos deben buscarse en este país, así «los orígenes del fascismo se asientan en el proceso de crisis y transformación de la sociedad y del Estado, iniciado en Italia en las últimas décadas del siglo XIX al comenzar los procesos de industrialización y modernización»¹⁴³, especialmente en lo que denomina la *contestación antigiolitiana*, un conjunto de grupos jóvenes nacionalistas y revolucionarios que impugnaban el sistema liberal vigente en Italia, simbolizado en el taimado político Giovanni Giolitti. Pero aunque reconoce la existencia de antecedentes culturales del fascismo, rechaza y crítica de manera explícita la tesis de Sternhell de un fascismo ideológicamente articulado antes de la guerra y no exclusivamente italiano, acusándolo de realizar «una lectura retroactiva de la Historia condicionada por un prejuicio teleológico (...) influida por el manido *juicio a tiempo pasado* que prefigura, a través de una proyección retrospectiva –una especie de *previsión del pasado*–, el resultado político inevitable de determinadas corrientes culturales»¹⁴⁴. Antagónicamente el autor considera que «la verdadera matriz del fascismo fue la Primera Guerra Mundial, con la crisis social, económica y política que produjo en la sociedad europea»¹⁴⁵. En efecto, la sublimación de la experiencia de la guerra y el intento de continuarla en tiempos de paz fue la jácena que permitió sostener la arquitectura de esa nueva ideología nacionalista y revolucionaria.

¹⁴¹ *Ibidem.*, p. 45.

¹⁴² *Ibidem.*, p. 46.

¹⁴³ *Ibidem.*, p. 23.

¹⁴⁴ *Ibidem.*, p. 295.

¹⁴⁵ *Ibidem.*, p. 64.

En esta exégesis, la cultura fascista es analizada bajo esquemas diáfanoamente mosseanos como «una de las principales manifestaciones del fenómeno moderno de la *sacralización de la política*»¹⁴⁶. Esto implica que el fascismo se convierta en *religión política* porque en él la ideología se transformaba en fe y «transformada la ideología en dogma, la participación política de las masas debía acaecer necesariamente a través de formas litúrgicas colectivas»¹⁴⁷. En virtud de esto «la ideología fascista, más que estar elaborada en teorías escritas, se expresaba estéticamente de manera eficaz y sugestiva, a través de ritos y símbolos de un nuevo estilo político»¹⁴⁸. En esta *religión política* la ideología tomaba la forma de *espectáculo* con sus vistosos ritos y símbolos, cuya función era conseguir una unificación mística entre individuo, masa y nación. Sobre si el fascismo fue una ideología positiva o negativa, Gentile arguye que aunque «el fascismo tuvo como principio de su ideología la crítica de las ideologías»¹⁴⁹ era también portador de una ideología positiva, porque sin ella a muchos intelectuales «el fascismo no se les habría aparecido como una *revolución espiritual* contra las degeneraciones del materialismo capitalista y comunista, del que debía nacer un hombre nuevo, renovado en cuerpo y alma»¹⁵⁰. En la pregunta por la *revolución fascista*, este no podía ser reaccionario ya que la reacción se fundamenta en un *mito del pasado* que busca restaurar mientras el fascismo se basa en un *mito del futuro*, al cual se proyectaba. No obstante, a la vez tampoco puede confundirse con los modelos revolucionarios vigentes, el marxista y el liberal. Sobre esta polémica, en definitiva, Gentile aporta tanto argumentos a favor como en contra, y concluye sin afirmar ni negar dogmáticamente que el fascismo fuese una revolución, sino que es un problema que «queda todavía abierto a la reflexión y la investigación»¹⁵¹.

En la hermenéutica gentiliana el fascismo es netamente moderno, «un nuevo movimiento político que pertenece al ambiente histórico y social creado por la modernización; que participa de las tensiones y conflictos de la sociedad moderna»¹⁵², el cual no busca retornar a la premodernidad, sino modificarla. En virtud de esto, el fascismo puede considerarse como una forma de *modernismo político*, que «pretende oponer a la modernidad racionalista, liberal y democrática una propia modernidad

¹⁴⁶ *Ibidem.*, p. 19.

¹⁴⁷ *Ibidem.*, p. 237.

¹⁴⁸ *Ibidem.*, p. 32.

¹⁴⁹ *Ibidem.*, p. 95.

¹⁵⁰ *Ibidem.*, p. 96.

¹⁵¹ *Ibidem.*, p. 127.

¹⁵² *Ibidem.*, p. 282.

antagónica, nacionalista y totalitaria fundada en la militarización y la sacralización de la política y en la total subordinación del individuo al Estado»¹⁵³. En síntesis, el fascismo no niega la modernización ni se basa en remanentes ideológicos premodernos, sino que busca modificarla en base a elementos ideológicos que «surgen de los procesos mismos de la modernización, generando modelos e ideales de modernidad alternativos o antagonistas respecto al modelo racionalista liberal»¹⁵⁴. En definitiva, el fascismo es una forma de *modernismo político* que dispone a la Nación en el centro de una alternativa política –activista y no teorética– a la modernidad en su sentido canónico.

Sobre la relación entre fascismo y comunismo asevera que «genética, histórica y culturalmente la antítesis entre fascismo, socialismo y comunismo es total, y como tal fue, tanto para el fascismo como para el comunismo, una consciente y ostentada hostilidad irreductible entre enemigos mortales»¹⁵⁵, criticando directamente las tesis de Sternhell y Nolte a este respecto. Sobre el hecho indiscutible de que el fascismo estuvo originalmente formado por militantes provenientes de la izquierda política, estos habían ya renunciado a los basamentos estructurales de la teoría marxista, respecto a la cual ya no eran *herejes* sino *ateos*¹⁵⁶. Sobre su relación con el capitalismo, «a pesar de condenar a la sociedad burguesa por materialista e individualista, los fascistas abogaban por la defensa de la propiedad privada, exaltaban el papel dirigente de la burguesía productiva, sostenían la función histórica del capitalismo y la necesidad de colaboración de clase»¹⁵⁷. Es decir, el fascismo despreciaba al sistema político burgués liberal, como un sistema mediocre, degenerado y corrupto; pero no lo hacía con el capitalismo en tanto sistema económico.

En conclusión, en la hermenéutica gentiliana el fascismo fue una ideología política primigenia y fundamentalmente *italiana*, a la vez antimarxista y antiliberal, que rechazaba también la teorización excesiva por un sentido *activista* de la política lo cual conlleva el encuadramiento de un partido-milicia que toma la forma de una religión política expresada estéticamente, y que una vez en el poder toma la forma de un Estado totalitario. Fundada en la apología de la Nación como comunidad homogénea, sus fines eran la construcción de una *nueva civilización* y de un *hombre nuevo*.

¹⁵³ *Ibidem.*, p. 19.

¹⁵⁴ *Ibidem.*, p. 313.

¹⁵⁵ *Ibidem.*, p. 74.

¹⁵⁶ *Ibidem.*, p. 75.

¹⁵⁷ *Ibidem.*, p. 32.

5) DETRACTORES Y DEFENSORES.

5.1) Enzo Traverso: reivindicación de la interpretación marxista. El fascismo como anticomunismo militante.

Frente a la hegemonía alcanzada por la exégesis culturalista a principios del nuevo siglo, las interpretaciones clásicas tomaron posiciones disímiles frente a este. Por un lado, la historiografía liberal acabó por mimetizarse con ella. El más diáfano ejemplo de esta asimilación es A. J. Gregor, quien en su obra *Los rostros de Jano: marxismo y fascismo en el siglo XX* (2000) establece que el fascismo es una escisión herética del marxismo, una corriente más de la familia socialista, al igual que lo fueron el trotskismo o el maoísmo. De manera radicalmente contraria, los exegetas marxistas continuaron defendiendo tenazmente su interpretación objetivista y materialista del fascismo junto a la íntima identidad existente entre este y el capitalismo. A modo de ejemplo encontramos a Robert Paxton y su libro *Anatomía del fascismo* (2004), quien afirma «lo que los fascistas hicieron nos cuenta como mínimo tanto como lo que dijeron»¹⁵⁸. Bajo estas mismas coordenadas encontramos al ínclito autor Enzo Traverso (1957-), el más original de los historiadores marxistas en las últimas décadas. Hemos decidido optar por centrarnos en su teoría sobre el fascismo como metonimia de la reivindicación de la hermenéutica marxista surgida a inicios de este siglo por el hecho de que a la vez que confronta directamente con los autores del *giro cultural* incorpora algunas de sus tesis. Nos serviremos de tres de sus obras: el artículo *Interpretar el fascismo* (2005) en el cual realiza una revisión crítica de las propuestas de Mosse, Sternhell y Gentile; el libro *A sangre y fuego: la guerra civil europea* (2007), una indisimulada respuesta a la obra homónima de Nolte; y *El totalitarismo: historia de un debate* (2001), que repasa a las interpretaciones dadas a este polémico término, intrínsecamente relacionado con el de *fascismo*.

A pesar de su filiación ideológica, este autor se encuentra muy lejos de realizar una historia marxista ortodoxa basada en un análisis socio-económico a la vez que se opone a lo realizado por historiadores culturalistas, pues estos realizan «una historia cultural que subestima a menudo la importancia de las ideologías, sustituyendo a la historia intelectual y a la historia social en lugar de integrarlas»¹⁵⁹. Las ideas, aunque importantes en sí

¹⁵⁸ PAXTON, Robert. *Anatomía del fascismo* (2005) Barcelona: Península, p. 19.

¹⁵⁹ TRAVERSO, Enzo. “Interpretar el fascismo: notas sobre George Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile” (2005). En: *Ayer*. Ciudad Real. N° 60, pp. 227-258: p. 239.

mismas, no deben analizarse aisladas ni separadas de lo social, Es decir, aboga por la integración de lo *subjetivo* y lo *objetivo*. Respecto a la *empatía* metodológica, Traverso considera que es necesaria, pero acarrea un doble peligro: por un lado «la *empatía* hacia los verdugos, difícil pero necesaria para comprender las motivaciones y el universo mental de estos, puede desembocar en su apología»; y por otro lado «la *empatía* unilateral hacia las víctimas puede anular la distancia crítica indispensable en un historiador, transformándolo en abogado de la memoria, que *compadece* en lugar de analizar y comprender»¹⁶⁰.

Según Traverso «aquello en lo que Mosse, Sternhell y Gentile coinciden es en la infravaloración de un rasgo principal del fascismo: el anticomunismo», puesto que «el anticomunismo modela al fascismo desde el principio hasta el final de su trayectoria. Se trata de un anticomunismo militante, agresivo, radical, que confiere un carácter nuevo al nacionalismo»¹⁶¹. En la exégesis traversiana, la ideología fascista toma la forma de un magma ecléctico articulado por elementos heterogéneos, pero que tiene en el anticomunismo su elemento central y aglutinante, y es que «el anticomunismo se vuelve indispensable para amalgamar estos elementos diferentes y sobre todo para transformar una ideología en política y una visión del mundo en un programa de acción»¹⁶². Según esta definición, el marco taxonómico del *fascismo genérico* se vuelve una categoría válida, puesto que, a pesar de sus diferencias, aquello que compartían todos los fascismos europeos de entreguerras era un acerado anticomunismo. Sobre la tesis de Sternhell de la especificidad del nazismo asevera que «niega contra toda evidencia la pertenencia del nazismo a la familia política de los fascismos, una estirpe europea que ha conocido diversas variantes, que indiscutiblemente no excluye la especificidad de cada régimen, pero que constituye, sin embargo, su matriz común»¹⁶³.

La relación entre fascismo y Revolución es problemática según Traverso. Por un lado, no cabe asimilar al fascismo a la reacción, ya que «la contrarrevolución fascista *trasciende* la restauración y la reacción; no se trata de un movimiento conservador, sino de una *revolución contra la revolución*»¹⁶⁴. Los fascismos no son un mero *aggiornamento*

¹⁶⁰ TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego: de la guerra civil europea: 1914-1945* (2009). Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, p. 12.

¹⁶¹ TRAVERSO, Enzo. *Interpretar el fascismo* (2005): *op.cit.*, p. 247.

¹⁶² *Ibidem.*, p. 248.

¹⁶³ *Ibidem.*, p. 255.

¹⁶⁴ TRAVERSO, Enzo. *El totalitarismo. Historia de un debate* (2001) Buenos Aires: Eudeba, p. 154.

de la reacción clásica decimonónica. Empero, en tanto anticomunista, el fascismo sí era contrarrevolucionario, ya que es catalizado por la más absoluta oposición a la Revolución bolchevique por parte de los nacionalismos europeos de la inmediata postguerra. Por ello «cuando se habla de revolución fascista, se deberían siempre poner grandes comillas»¹⁶⁵, es decir, usar la palabra Revolución en un sentido matizado o modificado. Los historiadores culturalistas coinciden en el diagnóstico del fascismo como Revolución, y esto «conduce a nuestros historiadores a infravalorar, entíendase negar, la presencia de una componente conservadora en el seno del fascismo»¹⁶⁶. En síntesis, aunque el fascismo no puede asimilarse a la reacción en sentido canónico, tampoco cabe identificarlo con el sentido ortodoxo de Revolución.

Es análogamente problemática en la visión de Traverso la relación entre fascismo y modernidad, ya que «un impulso romántico coexistió en el fascismo con un culto a la modernidad técnica», por ello acaba derivando en una forma de «modernismo reaccionario»¹⁶⁷. Es decir, por un lado, «su ideología y su visión del mundo son forjadas en conflicto radical con la filosofía de la Ilustración y con todos los valores proclamados por la Revolución Francesa»¹⁶⁸ y paralelamente «los totalitarismos fascistas son hijos de la modernidad y presuponen la sociedad de masas, urbana e industrial»¹⁶⁹. *Prima facie* «no hay duda de que su anticomunismo se injerta en el tronco de la antiilustración»¹⁷⁰, pero esto lleva a obviar que el conservadurismo y la reacción son también parte integral de la modernidad, y no meros remanentes de la premodernidad. No cabe duda de la plena modernidad del fascismo pues mediante la *razón instrumental* produce «el despliegue de una *contrarracionalidad* que recoge sus elementos constitutivos de la modernidad occidental y revela de modo trágico todas sus potencialidades destructivas»¹⁷¹. Es decir, el fascismo toma los valores de la Ilustración y les da la vuelta, los lanza contra la modernidad misma, develando que, al igual que la caverna platónica, al horizonte fulgoroso de las Luces le subyace un insondable abismo de oscuridad.

Aunque el fascismo sea, en su acendrada esencia, anticomunismo, no cabe reducirlo a ser una ideología puramente *negativa*, pues también estaba formado por elementos

¹⁶⁵ TRAVERSO, Enzo. *Interpretar el fascismo* (2005): *op.cit.*, p. 249.

¹⁶⁶ *Ibidem.*, p. 249.

¹⁶⁷ *Ibidem.*, p. 234

¹⁶⁸ *Ibidem.*, p. 241.

¹⁶⁹ TRAVERSO, Enzo. *El totalitarismo* (2001): *op.cit.*, p. 22.

¹⁷⁰ TRAVERSO, Enzo. *Interpretar el fascismo* (2005): *op.cit.*, p. 241.

¹⁷¹ TRAVERSO, Enzo. *El Totalitarismo* (2001): *op.cit.*, p. 24.

positivos que «confluían en un proyecto dinámico, *creativo*»¹⁷². La ideología fascista era una síntesis ecléctica y pragmática formada por componentes de diversas ideologías. Lo que en él es nuevo y original es el *sincretismo* particular, el cual «ha dado origen a algo nuevo y allí reside su originalidad doctrinal»¹⁷³. Los elementos heteróclitos de la ideología fascista solo pudieron agruparse en el contexto posterior a la Gran Guerra, pues esta fue «un gran punto de inflexión que marca una verdadera mutación antropológica en el corazón de Europa» y en virtud de ello «en tanto que movimiento político nacionalista, el fascismo es consecuencia de esta conmoción traumática»¹⁷⁴. Y es que tuvo como consecuencia que «los métodos y las prácticas de la guerra de trincheras se transfieren a la sociedad civil, *brutalizando* el lenguaje y las formas del combate» tras ella «por todas partes, incluso en París y Londres, la derecha nacionalista desfila en uniforme»¹⁷⁵. A su vez, «la guerra se encuentra en el centro de la visión del mundo fascista»¹⁷⁶ ya que fue idealizada y exaltada por esta. Sobre la tesis Sternhelliana de un fascismo *ante litteram* dice «mucho más que el fascismo, se podría decir, Sternhell ha ilustrado un prefascismo del que los elementos constitutivos no serían articulados, amalgamados y reunidos armónicamente hasta después de 1914-1918»¹⁷⁷. Así pues, en esta exégesis la ideología fascista se encuentra plenamente *determinada* por la guerra.

El concepto de *totalitarismo* es uno de los grandes *leitmotiv* de la obra de Traverso, al cual le dedicó una extensa monografía. Dice sobre él que es un concepto víctima de un «destino paradójico», puesto que es a la vez *insustituible e injustificable*, «insustituible para la teoría, enfrentada a la novedad radical de regímenes orientados al aniquilamiento de la política; inutilizable por la historiografía, que busca reconstruir y analizar los diversos concretos»¹⁷⁸. El concepto de totalitarismo acabó por adquirir un carácter eminentemente *ideológico*, pues «asumía una función esencialmente *apologética* del orden occidental»¹⁷⁹. Frente a esta aserción común, Traverso postula que «la unidad del totalitarismo se perfila solo en *negativo*, como la antítesis del liberalismo» y a la vez «esta categoría se escinde en dos entidades irreductiblemente diversas y antagónicas, el

¹⁷² *Ibidem.*, p. 25.

¹⁷³ *Ibidem.*, p. 20.

¹⁷⁴ TRAVERSO, Enzo. *Interpretar el fascismo* (2005): *op.cit.*, p.235.

¹⁷⁵ TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego* (2009): *op.cit.*, p. 53.

¹⁷⁶ *Ibidem.*, p. 89.

¹⁷⁷ TRAVERSO, Enzo. *Interpretar el fascismo* (2005): *op.cit.*, p. 244.

¹⁷⁸ TRAVERSO, Enzo. *El totalitarismo* (2001): *op.cit.*, p. 162.

¹⁷⁹ *Ibidem.*, p. 83.

comunismo y el fascismo, que se nutren sin más de sus oposiciones»¹⁸⁰, los totalitarismos no tenían nada en común, más allá de la compartida oposición a la democracia liberal, pero ampliamente superada por la mutua hostilidad que se profesaban, por ello considera necesario pluralizar este término, hablar de *totalitarismos*.

El fascismo se oponía al liberalismo porque «el fascismo era por su naturaleza una *creación espiritual* que, a diferencia del liberalismo tradicional, no anteponía el individuo al Estado, sino que hacía de este último *un principio*»¹⁸¹, es decir, en el liberalismo el individuo es erigido en entidad irreductible; mientras en el fascismo se teologiza al Estado, que a su vez fagocita al individuo. Pero esta diferencia en filosofía política no se corresponde con la historia factual, pues «los fascismos siempre integraron en su sistema de poder a las antiguas élites económicas, administrativas y militares»¹⁸², es decir, existe una colaboración necesaria entre los fascismos y las élites tradicionales, perfectamente coherente en el compartido anticomunismo, lo cual demuestra el incontestable hecho de que la “revolución” fascista mantuvo intacto el sistema capitalista en su conjunto.

Traverso no concibe la existencia de filiación alguna entre fascismo y marxismo, la diferencia entre ambos «remite a la relación antagónica que comunismo y fascismo mantienen con la tradición ilustrada, de la que el primero se declaraba heredero mientras que el segundo enterrador»¹⁸³. La hostilidad mutua profesada nos da el auténtico sentido de la *guerra civil europea*, pues «comunismo y fascismo se enfrentan en una lucha a muerte, pero comparten la conciencia de pertenecer a un siglo armado, un siglo de guerra que puso fin a la era de la paz, del liberalismo, del parlamentarismo, del progreso»¹⁸⁴, la sociedad liberal se encuentra en franca crisis, y es necesario sustituirla, y para ello la revolución y la violencia se convierten en herramientas legítimas. En definitiva, fascismo y comunismo son némesis porque las filosofías que subyacían a ambos fenómenos políticos eran antagónicas e irreductibles, porque el comunismo defendía «una filosofía emancipadora, universalista y humanista» y el fascismo era portador de «una *Weltanschauung* nacionalista, biológica y racial»¹⁸⁵. En definitiva, el socialismo quiere completar a la Ilustración y el fascismo barrerla de la faz de la tierra.

¹⁸⁰ *Ibidem.*, p. 20.

¹⁸¹ *Ibidem.*, p. 193.

¹⁸² TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego* (2009): *op.cit.*, p. 193.

¹⁸³ TRAVERSO, Enzo. *Interpretar el fascismo* (2005): *op.cit.*, p. 239.

¹⁸⁴ TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego* (2009): *op.cit.*, p. 187

¹⁸⁵ TRAVERSO, Enzo. *El totalitarismo* (2001): *op.cit.*, p. 143.

La diferencia radical entre ambos regímenes también se muestra en el universo concentracionario sobre el que se asentaban. Y es que en los *gulag* soviéticos se utilizaba a los prisioneros como fuerza de trabajo esclava para construir grandes infraestructuras, la muerte era un subproducto, pero no la finalidad. Por el contrario, en los *lager* nazis la finalidad exclusiva era el exterminio de millones de seres humanos. Esta diferencia se ilustra reseñando que «el rendimiento del primero (Gulag) se medía en kilómetros de ferrocarril, el del segundo (Auschwitz), calculando el número de muertos», por ello es que «a pesar de ser ambos odiosos e inhumanos, estos dos sistemas no pueden ser asimilados»¹⁸⁶. En este sentido «el nacionalsocialismo se caracterizaba por la irracionalidad de sus fines y la racionalidad de los medios usados para alcanzarlos», pues el Estado industrial moderno era puesto al servicio de una nefanda empresa de exterminio; por el contrario, «el estalinismo se caracterizaba más bien por la irracionalidad de los medios que usaba para alcanzar objetivos no privados de racionalidad»¹⁸⁷, pues desplegaba un abyecto terror contra su propia población a fin de aumentar la potencia económica y militar del Estado. Esta diferencia, en definitiva, acaba por develar la especificidad total del proyecto de exterminio nazi, ya que «las formas de la violencia desplegadas por el nazismo no se inspiraban tanto en el bolchevismo, sino más bien en una larga tradición occidental»¹⁸⁸, con lo cual *la inversión de la culpa* llevada a cabo por Nolte queda desarticulada. En síntesis, en las formas de violencia practicadas por nazismo y estalinismo existen múltiples diferencias, ambas son igualmente deleznable y moralmente aviesas, pero bajo cualquier forma de ética deontológica, que prime las máximas de la acción sobre sus consecuencias, se hace necesario discriminarlas, no assimilarlas ni deducir una de la otra.

En conclusión, según Traverso el fascismo es un *Maelstrom* ideológico, constituido por elementos heteróclitos, cuyo vórtice es el anticomunismo, componente que los congutina. Revolucionario en sus medios y contrarrevolucionario en sus fines, el fascismo es el laboratorio que engendra una nueva forma de tipología política, el *totalitarismo*. Y, a la vez que se funda sobre el rechazo del *iluminismo*, despliega hasta sus últimas consecuencias la *razón instrumental* a través de un proyecto de exterminio eugenésico único que expone crudamente la *subficie* tenebrosa de la modernidad.

¹⁸⁶ *Ibidem.*, p. 147.

¹⁸⁷ *Ibidem.*, p. 149.

¹⁸⁸ *Ibidem.*, p. 154.

5.2) Roger Griffin: la defensa del culturalismo. El fascismo como ultranacionalismo palingenésico.

La hermenéutica culturalista del fascismo continúa manteniendo una posición central, el principal y más conspicuo adalid actual es Roger Griffin (1948-), quien se reconoce sucesor del proyecto de Mosse¹⁸⁹ y ha postulado un paradigma interpretativo del fascismo insoslayable para cualquier autor que pretenda enfrentarse a esta ideología política. Afirma que «el fascismo no es como un *pato*»¹⁹⁰, es decir, no es un concepto propio de las ciencias naturales sino de las ciencias sociales, y todo concepto de ciencias sociales «está condenado a ser motivo de debate y desacuerdo, y que cualquier consenso entre expertos sobre su significado es inevitablemente tan parcial como efímero»¹⁹¹, por el avance continuo e indefectible de la investigación. A su vez, Griffin define a la ideología como «a set of beliefs, values and goals considered in terms of their implications for the maintenance of the socio-political status quo, for its improvement or for its overthrow and replacement by an alternative order»¹⁹², es decir, la ideología en tanto dimensión política *subjetiva* es previa y se dirige hacia la situación *objetiva* existente.

Este autor es un ferviente defensor de la *empatía metodológica*, que aplicada al fascismo significa «dar prioridad a los testimonios de los propios fascistas, en forma de sus palabras, políticas, acciones, innovaciones institucionales o productos culturales, para entender la lógica interna de su ideología y actos»¹⁹³. Llevar a cabo esta estrategia no significa, según Griffin, renunciar a la ética, por el contrario, dispone en primera línea de los valores humanistas, ya que nos permite «pasar de saber únicamente *qué* cosas terribles han sucedido y continúan sucediendo en medio de una civilización avanzada en nombre de la nación o la raza, a llegar a entender, al menos parcialmente, *por qué* suceden»¹⁹⁴, en este sentido, considera que *comprender* el fascismo desde dentro de sí mismo no es, como piensa Traverso, *justificarlo*, sino desarrollar un antídoto moral a fin de *evitarlo*. Por otro lado, considera que el fascismo genérico es un *tipo ideal*, por tanto «el fascismo genérico es un constructo, un armazón conceptual vacío, que no tiene vida orgánica o independiente propia»¹⁹⁵, a pesar de esto «it is still capable of serving as a valuable

¹⁸⁹ GRIFFIN, Roger. *Fascismo* (2019): *op.cit.*, p. 72.

¹⁹⁰ *Ibidem.*, p. 15.

¹⁹¹ *Ibidem.*, p. 16.

¹⁹² GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism* (1991). London: Routledge, p. 17.

¹⁹³ GRIFFIN, Roger. *Fascismo* (1991): *op.cit.*, p. 60.

¹⁹⁴ *Ibidem.*, p. 190.

¹⁹⁵ *Ibidem.*, p. 87.

heuristic and taxonomic device»¹⁹⁶, ya que se trata de una «*rejilla interpretativa*, que distingue el fascismo de los no fascismos e identifica los síndromes que se repiten en sus ideas, políticas y acciones»¹⁹⁷. Empero, las realidades humanas son complejas e irreductibles a cualquier artificio teórico que pretenda aprisionarlas estrechamente. El fascismo es un claro ejemplo, pues este era un fenómeno plural y polimorfo, ya que «produjo una notable diversidad de visiones y políticas específicas en el terreno de lo social, cultural y político a veces incluso dentro del mismo partido»¹⁹⁸, este carácter hace más perentoria la herramienta del *fascismo genérico*.

Una consecuencia del enfoque de Griffin es que, a diferencia del resto de autores considera que «ni el Fascismo italiano ni el Nacionalsocialismo ocupan aquí una posición *privilegiada* como reveladores de la esencia del fascismo, de su punto final o de su paradigma como ideología»¹⁹⁹. Y es que en él no existe un caso que pueda fungir como *arquetipo* de la ideología, por el contrario, se ocupa de estudiar todas las *variantes* de la ideología por igual como una *especie* del *género*, es decir «cada fascismo es entendido aquí tanto como algo propio de su género político y más amplio y como algo idiosincrático, y es estudiado tanto por sus aspectos únicos como por los genéricos»²⁰⁰. De ello se colige que el nacionalsocialismo no posee mayores especificades que cualquier otra variante del fascismo de entreguerras, ni posee tantas como para que se le excluya de la familia de los fascismos, por ello es que «suggestions that the exceptional ideological radicalness of Nazism sets it apart generically from Fascism, or that its biological racism makes it a rule unto itself, tend merely to confuse the issue»²⁰¹.

Griffin ha propuesto una de las más importantes de las definiciones del fascismo que se han realizado, la cual reza «el fascismo es un género de ideología política cuya esencia mítica, en sus diversas variantes, es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista»²⁰². Como cualquier otra definición, cabe descomponerla en sus componentes para comprenderla en su totalidad. El fascismo es una *ideología* exactamente igual que el resto de ideologías, como tal era una ideología *positiva*, pues ella «tenía su propia visión del futuro o de la sociedad ideal que había de conseguir por medio de un proceso

¹⁹⁶ GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism* (1991): *op.cit.* p. 12.

¹⁹⁷ GRIFFIN, Roger. *Fascismo* (2019): *op.cit.*, p. 124.

¹⁹⁸ *Ibidem.*, p. 92.

¹⁹⁹ *Ibidem.*, p. 94.

²⁰⁰ *Ibidem.*, p. 94.

²⁰¹ GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism* (1991): *op.cit.*, p. 119.

²⁰² GRIFFIN, Roger. *Fascismo* (2019): *op.cit.*, p. 70.

revolucionario de transformación social»²⁰³. También al igual que el resto de ideologías, es poseedora de un *núcleo mítico*, «we propose to use ‘mythic’ to refer to the inspirational, revolutionary power which an ideology can exert whatever its apparent rationality or practicality»²⁰⁴, es decir, la aspiración utópica que impulsa al pensamiento y la acción. La posesión de un núcleo mítico es un elemento común a todas las ideologías, por ello afirma taxativamente que «fascism is a political ideology, not a political religion»²⁰⁵. Considera que la interpretación del fascismo como *religión política*, defendida, entre muchos otros, por Mosse y Gentile, carece de validez científica, debido a que este «is locate firmly among the political forces which constitute a modern secularizing society»²⁰⁶, no es posible comprender el fascismo más que como una manifestación política de una sociedad plenamente secularizada.

El componente fundamental de la fórmula de Griffin, la matriz esencial de la ideología fascista es la *Palingenesia*, un neologismo formado por los vocablos griegos *Palin* –nuevo– y *Génesis* –nacimiento–. Expresa que el mito central de la ideología fascista era el *renacimiento nacional*. Primeramente, la creencia en que la nación está amenazada «por medio de la idea de que existe una *crisis decadencia o degeneración*»²⁰⁷ produciendo «la añoranza visceral de que se produzca un cambio radical y una regeneración»²⁰⁸ para lograr «un *despertar* nacional y a un renacimiento completo en todos los ámbitos»²⁰⁹. Metafóricamente la palingenesia concibe a la nación como un fénix, que está agonizando y debe renacer, renacimiento que debe impulsarse por medio de la lucha política contra lo existente. Si se erige la posesión de un mito central palingenésico como piedra de toque de la ideología fascista es posible elucidar que este era compartido por diversos movimientos de la Europa de Entreguerras. El tercer y también fundamental componente en la definición de Griffin es que la comunidad con la que se identificaban los fascistas no era propiamente la *nación* sino la *ultranación*, así el fascismo es «una forma concreta de nacionalismo radical que se basa en la idea utópica de la nación como una entidad orgánica sana, poderosa y heroica»²¹⁰, lo cual implica que el ultranacionalismo fascista

²⁰³ *Ibidem.*, p. 172.

²⁰⁴ GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism* (1991): *op.cit.*, p. 28.

²⁰⁵ *Ibidem.*, p. 30.

²⁰⁶ *Ibidem.*, p. 32.

²⁰⁷ GRIFFIN, Roger. *Fascismo* (2019): *op.cit.*, p. 174.

²⁰⁸ *Ibidem.*, p. 63.

²⁰⁹ *Ibidem.*, p. 176.

²¹⁰ *Ibidem.*, p. 173.

«queda despojado de cualquier connotación humanística o igualitaria que podría adquirir en un contexto liberal o socialista como fuente de libertades y derechos»²¹¹.

El propio Griffin asevera que utiliza el término *palingenesia* como sustituto del de *revolución* porque considera que este indica algo más que una simple utopía política, sino también profundas pulsiones psicológicas²¹². Pero esto no significa que Griffin rechace el estatuto revolucionario del fascismo, todo lo contrario, pues si se aplica la *empatía metodológica* cabe constatar que «desde el principio el término *Fascista* tuvo para sus seguidores unas connotaciones progresistas, modernizadoras y revolucionarias, y no reaccionarias ni conservadoras»²¹³. El fascismo tenía como fundamento «el intenso deseo psicológico de una limpieza, de una renovación por medio de una *destrucción creativa*, que halla expresión en los mitos regeneradores y las visiones utópicas de una sociedad totalmente nueva y en la creación de un *nuevo hombre*»²¹⁴. Sobre el estatuto de modernidad del fascismo, el autor dice que «es un error suponer que la búsqueda fascista de sus raíces y su interés por el pasado es un tanto reaccionario y antimoderna» sino que «por el contrario, el fascismo es una ideología dinámica y orientada hacia el futuro que aspira a conquistar, y que se ve a sí mismo como la alternativa viable y moderna respecto al presente decadente»²¹⁵. En ese sentido el fascismo debe considerarse en sí mismo como una forma de *modernismo político*²¹⁶, porque «it is the *decadent* features of modernity that are being attacked in order to outline the prospect of a totally different type of society»²¹⁷. El fascismo, en definitiva, es tan revolucionario como moderno.

Respecto a los orígenes del fascismo Griffin afirma que «towards the end of the nineteenth-century there grew up in intellectual and cultural circles a generalized sense of the failure of Western civilization, in other words diffuse cultural idioms the myth of *decadence*»²¹⁸. Este *mito de la decadencia* será concebido por cenáculos intelectuales junto a la formulación positiva de una forma de *nacionalismo populista*. Pero a diferencia de Sternhell, que ve en ello la ideología fascista ya plenamente existente, Griffin, como Traverso, considera que se trata de los *años de incubación*, o que, en cualquier caso, se

²¹¹ *Ibidem.*, p. 65.

²¹² *Ibidem.*, p. 63.

²¹³ *Ibidem.*, p. 27.

²¹⁴ *Ibidem.*, p. 64.

²¹⁵ *Ibidem.*, p. 178.

²¹⁶ GRIFFIN, Roger. "el fascismo como forma de modernismo político". En: MELLÓN, Joan (coord.) *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos: op.cit.*, pp. 15-66.

²¹⁷ GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism* (1991): *op.cit.*, p.47

²¹⁸ *Ibidem.*, p. 202.

trataría de una forma *protofascismo* y no del fascismo *per se*. Esto nos lleva a colegir que, para Griffin, la Gran Guerra fue el elemento determinante para el surgimiento del fascismo, porque esta «destroy the constellation of great powers which had dominated European politics throughout the nineteenth century»²¹⁹. En síntesis, aunque existían ciertos antecedentes de la ideología fascista presentes en la *intelligentsia* europea finisecular «thus in the immediate aftermath of the war the necessary structural conditions for the rise of potent fascist movements»²²⁰.

El autor considera que el fascismo era una nueva forma de ideología política que debe situarse «in a category ‘beyond left and right’» puesto que se trataba de «a Third way pioneering a radical break with all traditional ideologies and parties»²²¹. Esto implica que era, por definición, tanto antiliberal como antimarxista. Lo que lo caracterizaba era la radical oposición a ambos tipos de ideologías, respecto a las cuales no tenía paralelos ni similitudes. Según el *enfoque empático* ha de creerse las declaraciones de los principales gerifaltes fascistas según las cuales «el objetivo a largo plazo era remplazar la profunda desigualdad social y el individualismo atomizador, producidos por el capitalismo y la estratificación de clases»²²². Respecto al comunismo Griffin ni siquiera menciona la posibilidad de establecer una filiación entre ambas ideologías, con lo cual se trata de un rechazo implícito, mismo proceder con el concepto *totalitarismo*, que desecha completamente de su análisis, no por rechazarlo sino por ignorarlo de manera supina. Por último, asevera que «fascism is essentially racist, but not intrinsically antisemitic or genocidal, and is nationalistic but not necessarily imperialistic»²²³.

En conclusión, según Griffin el fascismo es una ideología política positiva, moderna y revolucionaria, como toda ideología es poseedora de un *núcleo mítico*, que en este caso se expresa como *ultranacionalismo palingenésico*. Formado por un nacionalismo que trasciende el clásico liberal y concibe a la nación como *unidad orgánica*; y por un relato palingenésico según el cual esta *ultranación*, poseedora de un pasado glorioso, en el presente se encuentra decadente y moribunda, con lo cual debe ser rescatada por una minoría heroica y radical, que a través de un violento y destructivo paroxismo que aniquile lo existente pueda guiarla hasta su *renacimiento*.

²¹⁹ *Ibidem.*, p. 214.

²²⁰ *Ibidem.*, p. 216.

²²¹ *Ibidem.*, p. 50.

²²² GRIFFIN, Roger. *Fascismo* (2019): *op.cit.*, p. 116.

²²³ GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism* (1991): *op.cit.*, p. 48.

6) ULTERIORES TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS.

Dice una celeberrima frase de Hegel que «la lechuza de Minerva solo comienza su vuelo con el crepúsculo»²²⁴, lo cual implica que la disciplina histórica cuando puede cumplir su función, que es desentrañar la abigarrada maraña que subyace a los procesos políticos, económicos sociales y culturales para obtener el *sentido* oculto bajo ellos, es ya inútil, porque por definición solo puede *historizar* el pasado, cuando los vientos del tiempo han disipado la espesa bruma del presente y nada puede enmendarse. Los secretos del *presente* permanecen siempre velados para sus contemporáneos como un indescifrable arcano. De igual manera, en la realización de un estado de la cuestión, cuando más nos acercamos a nuestro tiempo más difuso se torna el sendero a seguir, porque las tendencias historiográficas que aparecerán como diáfanas en unas décadas se encuentran ocultas en la ciclópea mezcla de datos actuales. Así, solo es posible sugerir tentativa y superficialmente las dinámicas de la investigación en los últimos años.

El fascismo representa para Europa, en palabras de Ernst Nolte, «un pasado que no quiere pasar»²²⁵, porque este y sus consecuencias determinaron la historia del continente durante gran parte del siglo, por ello no es de extrañar que la *intelligentsia* se haya ocupado de su análisis prácticamente desde el día siguiente a la marcha sobre Roma, y haya vuelto sobre él una y otra vez. Lo cierto es que el fascismo es un fenómeno de plena vigencia en la historiografía, pues en los últimos lustros el interés sobre este se ha incrementado, fruto de la extraña concomitancia siempre existente entre el presente y la disciplina histórica, el actual auge de la extrema derecha en Europa y el mundo ha provocado un aluvión de estudios sobre el fascismo de entreguerras. A este respecto cabe reseñar la fundación, en 2012, de la *Journal of comparative fascist studies*, revista académica dedicada en exclusividad al estudio del fascismo que agrupa a los principales expertos mundiales en el tema; y también la *International association for comparative fascist studies*, cuyo objetivo es estrechar la colaboración entre académicos dedicados al fenómeno, mediante la organización de Congresos, obras colectivas e investigaciones conjuntas. El fascismo, en definitiva, está de moda, esencialmente por el actual ascenso de partidos de extrema derecha a lo largo del viejo continente, y nuestra época se aparece entonces, para no pocos especialistas, como un *flashback* de los atribulados años treinta.

²²⁴ HEGEL, Georg. *Fundamentos de filosofía del Derecho*. Prefacio: VII 28.

²²⁵ NOLTE, Ernst. “Un pasado que no quiere pasar. Una conferencia que, ya escrita, no pudo ser pronunciada”. En: *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo* (2007) N° 24, pp. 71-75.

En los últimos lustros los estudios del fascismo se encuentran inmersos en dos tendencias, diferenciables, pero paralelas y complementarias. La primera de ellas es la que va *del centro a la periferia*, es decir, el estudio de las manifestaciones fascistas o protofascistas en espacios geográficos hasta ahora ignorados o desdeñados, que se alejan del tradicional interés exclusivo por el fascismo italiano y el nacionalsocialismo. Aquí encontramos obras como *History of fascism in France. From the First World War to the national front* (2019) de Chris Millingotn, que revisa la tradición del más intelectual de los fascismos europeos, dividido en una mirada de cenáculos. Otro ejemplo de esta tendencia es *The culture of Japanese fascism* (2009), obra colectiva dirigida por Aland Tasman, que se sumerge directamente en la problemática de si es posible considerar al *Taisei Yokunsakai* como un movimiento fascista este. Por otro lado, la publicación reciente de la obra conjunta *Fascismos iberoamericanos* (2022) coordinada por Gabriela de Lima y Leandro Pereira, que estudia el hasta ahora inexplorado mundo de los fascismos de Latinoamérica, país por país. También reseñables son las aportaciones de Constantin Iordachi sobre el fascismo de Europa del este y Rumanía, de Antonio Costa Pinto en cuanto al del mundo lusófono, y de Antón Mellón sobre el hispano.

La segunda tendencia, y de hecho la fundamental es la que propende a abandonar el estudio del fascismo como una entidad monolítica y *en sí mismo*, y que lo inscribe en un *marco comparatístico* más genérico junto a otros fenómenos políticos e ideológicos, contemporáneos o posteriores al fascismo, o entre diferentes fascismos históricos. Primeramente, el estudio *Italian fascism and spanish falangismin comparison* (2020) de Giorgia Piorelli que funge como ejemplo de comparación entre dos diferentes fascismos históricos. Otros estudios abren más el foco, estudiando al fascismo en su más amplia dimensión transnacional, tales como *Fascism without borders: transnational connections and cooperation beetwen between movements and regimes in Europe from 1918 to 1945* (2019) dirigida por A. Bauerkämpfer y G. Rossolinski; o en la misma línea *Transnational fascism in the twentieth century* (2016). Y, un paradigma de análisis comparativo entre el fascismo y el resto de ideologías de entreguerras, tales como la izquierda revolucionaria y la derecha conservadora en *Fascist interactions: proposals for a new approach to fascism and its era* (2016). Finalmente, la insoslayable comparación entre los fascismos históricos y los actuales movimientos y partidos de extrema derecha, cuyo ejemplo arquetípico es el libro de Federico Fichelstein *Del fascismo al populismo en la historia* (2017).

7) CONCLUSIONES.

Como punto de partida entendemos la política bajo una *imagen triangular*, es decir, compuesta por tres ángulos separados y diferenciables, pero conectados; autónomos, pues ninguna subyuga a los otros, pero interdependientes. Primeramente, la *dimensión subjetiva*, compuesta por la ideología y cultura; en segundo lugar, la *dimensión material*, formada por los aspectos económicos y sociales; por último, la *dimensión objetiva*, estructurada por los aspectos jurídico-institucionales. En el fascismo esta estructura no toma la forma de un triángulo equilátero, con sus lados iguales, sino de un triángulo isósceles, donde uno de sus lados es más grande que los otros. Y es que en él encontramos una *primacía de lo espiritual*, es decir, de lo ideológico-cultural, sobre lo material y lo puramente institucional, lo cual implica que en este la *dimensión subjetiva* es más importante que las demás, y por ello la forma más adecuada de estudiar el fascismo es a través de esta perspectiva, esto es, como una ideología, un sistema de creencias; una cultura, un conjunto de ritos y símbolos; y una cosmovisión, una concepción holística de la naturaleza y el ser humano.

La disciplina histórica en general, *a fortiori* cuando se trata de historia contemporánea, no debe renunciar a la ética, pues esta es una herramienta de trabajo más en la panoplia del historiador para desentrañar la complejidad del pasado. Una historia que renuncia a la dimensión moral se ve reducida a mero gabinete de curiosidades, un expositor de hechos; y el historiador que así actúa toma una actitud esencialmente *pasiva* frente al pasado, recibéndolo sin más, sin ser capaz de aprehender su *sentido*. Por el contrario, cuando la ética se dispone junto al estudio histórico y el historiador realiza juicios morales se convierte en *sujeto activo*, pues se adentra más profundamente en él y puede desentrañar más eficazmente el *sentido de la historia*. En el caso que nos ocupa, tratándose de una ideología abiertamente antihumanista, que no solo provocó la mayor conflagración en la historia de la humanidad sino acciones abyectas de exterminio masivo como jamás se había imaginado, es evidente que un juicio de valor ético es insoslayable. Empero, para su estudio es estrictamente necesaria la *empatía metodológica*, pues esta permite adentrarse profundamente en la subjetividad de los fascistas con el objetivo de comprender sus ideas, emociones y motivaciones. Precisamente por las inicuas consecuencias del fascismo es necesario estudiarlo *desde dentro de sí mismo*, una vez comprendida la cíclopea magnitud de la tragedia por ellos provocada, entonces es imperativo un juicio ético que no puede ser más que una absoluta y radical condena.

El *fascismo genérico* es, a la vez, un recurso heurístico y un arquetipo teórico. Es decir, por un lado, es una herramienta útil para los historiadores, pues permite agrupar a las múltiples variantes del fascismo bajo una categoría común, y así facilitar las labores de investigación. Y por otro lado, este concepto es un constructo teórico, un *tipo-ideal* que agrupa idealmente diversos atributos del fascismo, pero que no se encarna empíricamente bajo esa forma *pura*, pero sigue siendo posible porque, a pesar de que por su nacionalismo extremo los fascismos tenían múltiples particularidades, también tenían un *ethos* común. Y, como este *ethos* común solo puede agruparse bajo la forma de un *tipo-ideal* teórico, ninguno de los casos particulares puede fungir como arquetipo del fascismo, sino como sus variantes empíricamente existentes. A este respecto, el nacionalsocialismo debe considerarse una más de las variantes del fascismo, pues aunque es cierto que su racismo biologicista y expansionismo imperialista lo individualizan y diferencian de otros fascismos, no lo hacen lo suficiente como para considerarlo una ideología separada de la familia fascista.

Todas las ideologías tienen antecedentes, *ex nihilo nihil fit*, en efecto, todas ellas surgen inicialmente de los anónimos despachos y oscuros cenáculos de la *intelligentsia*, pues de todas se pueden encontrar antecedentes en el campo del pensamiento, también, evidentemente, del fascismo. Así pues, como muchos autores han resaltado, el fascismo se origina en la corriente de rebelión contra el positivismo surgida en la intelectualidad europea entre fines del siglo XIX y principio del siglo XX, una ristra de autores idealistas, vitalistas y voluntaristas. En la Europa de la *Belle Époque*, sin grandes guerras, crisis económicas o convulsiones sociopolíticas, donde el progreso en los diversos aspectos parecía continuo e indefectible, un grupo de intelectuales encuentra en este mundo el enemigo a batir, esencialmente porque en él el individuo posee *ennui*, la moderna sociedad industrial lo condena a la apatía y abulia de una vida sin emociones; y también se encuentra en la *anomia*, es decir, está aislado y desorientado en una sociedad técnica de masas que no entiende, le falta sentido de comunidad. Por ello las dos principales características de estas diversas corrientes de pensamiento son el anhelo revolucionario de aniquilar el orden liberal-burgués; y su sustitución por un nuevo tipo de sociedad fundamentada en una comunidad orgánica, donde el individuo se encuentre armónicamente integrado en ella.

Aunque efectivamente estas corrientes de revuelta antipositivista llevadas a cabo, entre otros, por Maurras, Sorel, y Le Bon, pueden considerarse como *antecedentes* del

fascismo, no pueden aún considerarse el fascismo *en sí mismo*, porque para su eclosión fue fundamental la Gran Guerra. En efecto, aunque existía un acervo filosófico heredado, este bien podría haberse diluido o desviado si no se hubiese producido el gran cataclismo que fue la guerra mundial. La guerra fue el catalizador definitivo para la eclosión de la ideología fascista, y agregó un elemento central al conglomerado preexistente: un *ethos* guerrero, una apología de la violencia destructora como catarsis purificadora del decadente sistema burgués, y la concepción de la guerra como higiene del mundo, en síntesis, la *brutalización* de la política. En resumen, la guerra es condición necesaria, pero no condición suficiente, para el surgimiento del fascismo, es decir, sin ella el fascismo no habría cristalizado, pero únicamente por sí misma no explica su origen. En definitiva, la ideología fascista es un término medio entre una ideología *autónoma*, originada y desarrollada independientemente en el campo del pensamiento; y una ideología *determinada*, condicionada por hechos históricos factuales, en este caso la Gran Guerra.

Aunque una parte importante de la ideología fascista eran sus negaciones –antiliberal y anticomunista– esta no debe considerarse meramente *antiideología*, ya que sí posee contenidos ideológicos propositivos, puesto que defendía la consecución de un *hombre nuevo* y una *nueva civilización*. El fascismo es una forma de sincretismo político, los elementos que lo conforman no son inventados por él, sino que son un conjunto heteróclito proveniente de diversas tradiciones intelectuales, pero lo que es *positivo* y novedoso en este es la síntesis. Pero el fascismo era más que una ideología, fue también una *revolución cultural*. En efecto, los partidos fascistas dirigieron y controlaron a las masas mediante la *estetización de la política*, es decir, el contenido abstracto de la ideología fue en cierta manera sustituido por su aspecto ornamental. Antes que en obras escritas y *racionalmente*, el pensamiento fascista se expresaba mediante masivas liturgias y *emocionalmente*, para lo cual construyeron una ristra de ritos y símbolos. Por ello es ciertamente válido el paradigma interpretativo del fascismo como *religión política*, porque en una sociedad ya fuertemente secularizada tomó la forma de una fe que buscaba llenar el vacío dejado por las religiones tradicionales.

Parece evidente que no es posible identificar el fascismo con la contrarrevolución clásica, pues su utopía se proyectaba menos al pasado que al futuro. La piedra de toque que permite dirimir el carácter *revolucionario* de una ideología es la posesión de una filosofía de la historia y una soteriología, es decir, de la postulación de que la historia tiene un *sentido* y un *fin*. Según este enfoque el fascismo concebía la historia bajo un

esquema palingenésico de tres etapas: gloria pretérita, decadencia actual y futuro renacimiento, para la consecución del cual no dudaba en acudir a la violencia sin ambages. El fascismo era una revolución espiritual, antropológica y nacional. La modernidad del fascismo se revela en el hecho de que este llevó hasta sus últimas consecuencias la *razón instrumental*, es decir, el uso de los logros científico-técnicos de la modernidad desligándolos de su sustento filosófico racional y humanista, disponiendo la *utilidad* por encima de la *ética*. La más diáfana manifestación de esto es el Holocausto, donde los recursos de la industria moderna fueron puestos al servicio de una empresa de exterminio sin que se valorasen consideraciones morales.

Sobre los aspectos relacionales del fascismo, cabe reseñar que este era netamente antiliberal en espíritu. En efecto, era respecto a los valores liberales fundamentales —el igualitarismo, el humanismo, el racionalismo— que el fascismo realizaba una impugnación. Y fue como fuerza de choque contra este mundo esclerótico y decadente que el fascismo surgió y se impulsó. Su relación con el capitalismo es más compleja. Por un lado, abominan del capitalismo por haber provocado la *lucha de clases*, concebida como la más grave fractura nunca producida en el seno de la comunidad; pero, a la vez, halagan e instrumentalizan los inmensos logros técnicos que este sistema económico produjo. Si bien en el aspecto de la teoría política su anticapitalismo es discutido y discutible, en el ámbito de la *praxis* no hay duda alguna: mantuvieron en lo esencial el modo de producción capitalista, y no propusieron seriamente su sustitución por otro, lo cual es coherente con su idea de la *primacía de la ideología* por sobre la economía. Al contrario, colaboraron activamente con las élites del orden capitalista vigente.

En cuanto a su relación con el marxismo, encontramos una doble vertiente. Por un lado, parece comprobado que algunas de las ideas del fascismo surgen desde corrientes heréticas del pensamiento marxista, especialmente aquellas opuestas a la contemporización socialdemócrata, que acaban por acercarse y sincretizarse con el nacionalismo, lo cual podría conllevar la existencia de una relación de filiación entre ambas ideologías. Empero, cuando el fascismo era ya un sistema ideológico plenamente estructurado, y cuando se había convertido en *ideología de Estado*, su relación con las ideologías socialista y comunista del siglo XX es de radical y absoluto antagonismo, y así lo percibían ellos mismos. Las teorías que buscan establecer una relación genética o de similitud entre ambas carecen de historicidad, pues frente a los puntuales nexos de unión hay múltiples puntos de conflicto. En la época de la *guerra civil europea* el destino del

continente era una moneda lanzada al aire, en una de sus caras la utopía revolucionaria-socialista, en la otra el proyecto nacionalista-organicista, ambas eran totalmente excluyentes, y en consecuencia libraron una guerra sin cuartel por el alma de Europa.

Respecto al concepto de *totalitarismo*, consideramos que este puede llegar a ser válido si nos fijamos en la dimensión objetiva, en la construcción institucional de los regímenes, porque el estalinismo y el nacionalsocialismo construyeron sistemas de gobierno basados en la propaganda masiva para manipular y controlar a las masas; y también en formas de terror político como universos concentracionarios. Pero, si este concepto intenta aplicarse para la comparación de la *dimensión subjetiva*, de las ideologías que sustentaban ambos regímenes, es ciertamente inoperable, ya que el comunismo soviético se sustentaba sobre una filosofía que buscaba completar la Ilustración, llevarla a su último término; mientras el fascismo buscaban aniquilar de la faz de la tierra a la herencia de las Luces. También es necesario aseverar que el fascismo no era, *per se*, racista ni imperialista, esto era más bien propio de los fascismos de Europa central y oriental, que tomaron la forma de un milenarismo utópico y extremadamente violento cuyo prototipo es el nacionalsocialismo.

Por lo dicho hasta ahora, se observa la dificultad que la historiografía ha tenido para analizar y definir la ideología fascista, o la contrariedad que surge en Clío cuando ha de enfrentarse al minotauro. En esta metáfora que hemos dispuesto en el título del trabajo, Clío representa la disciplina histórica, y el fascismo es metafóricamente caracterizado como minotauro político. Y es que al igual que el minotauro simboliza la irracionalidad animal subyacente a la naturaleza humana, el fascismo representa la corriente irracionalista que subyace al pensamiento iluminista europeo. Si desde el siglo XVIII el pensamiento occidental se ha caracterizado en la reivindicación valores como el racionalismo, el humanismo, materialismo e igualitarismo, en su contrafaz subyacía el desarrollo de todo un conjunto de corrientes opuestas a las Luces, que se caracterizan como *irracionalistas*, tales como el Romanticismo, Idealismo, vitalismo, voluntarismo y nihilismo, todos ellos opuestos a la Modernidad, pero que a su vez surgen y se desarrollan con ella, en sus márgenes umbríos. El fascismo supone la materialización política del proceso histórico moderno de oposición a la modernidad racional-ilustrada, proceso del que muchos intelectuales se han percatado, llamándolo *Dialéctica de la Ilustración* – Adorno y Horkheimer– *Asalto a la razón* –Georg Lukács– o *Contrailustración* –Isaiah Berlin–. En conclusión, el fascismo es la manifestación política de la sombra de las Luces, o como en el cuadro de Goya, el monstruo producido por el sueño de la Razón.

8) BIBLIOGRAFÍA.

- FURET, François; NOLTE, Ernst. *Fascismo y comunismo* (1999) Madrid: Alianza.
- GENTILE, Emilio. *Fascismo: historia e interpretación* (2004) Madrid: Alianza.
- GREGOR, Anthony. *Los rostros de Jano. Marxismo y fascismo en el siglo XX* (2002) Madrid: Biblioteca Nueva.
- GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism* (1991). London: Routledge.
- GRIFFIN, Roger. *El fascismo. Una introducción a los estudios comparados del fascismo* (2019) Madrid: Alianza.
- HERNÁNDEZ, Helena. *Los fascismos europeos. Textos* (1992) Madrid: Istmo.
- KÜHNEL, Reinhard. *Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués* (1978) Barcelona: Ed. Fontanella.
- MELLÓN, Joan (coord.) *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos. Nuevas aportaciones teóricas* (2012) Madrid: Tecnos.
- MOSSE, George. "The genesis of fascism" (1966). En: *Journal of contemporary history*. Cambridge: Vol. 1, No. 1, pp. 14-26.
- MOSSE, George. *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of fascism* (1999) New York: Howard Fertig.
- MOSSE, George. *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al III Reich* (2005) Madrid: Marcial Pons.
- NOLTE, Ernst. *El fascismo en su época: Action Française, fascismo, nacionalsocialismo* (1967) Madrid: Península.
- NOLTE, Ernst. *La guerra civil europea. Nacionalsocialismo y bolchevismo: 1917-1945* (2001) Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- PAXTON, Robert. *Anatomía del fascismo* (2005) Barcelona: Península.

PAYNE, Stanley. *Historia del fascismo* (1995) Barcelona: Planeta.

SCURATI, Antonio. *M. El hijo del siglo* (2020) Madrid: Alfaguara.

STERNHELL, Zeev. *Fascist ideology*. En: LAQUEUR, Walter (ed.) "Fascism: a reader's guide" (1976) Berkeley: University of California Press.

STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista* (1994) Madrid: Siglo XXI.

TRAVERSO, Enzo. *El totalitarismo. Historia de un debate* (2001) Buenos Aires: Eudeba.

TRAVERSO, Enzo. "Interpretar el fascismo: notas sobre George Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile" (2005) En: *Ayer*. Ciudad Real. N° 60., pp. 227-258.

TRAVERSO, Enzo. *A sangre y fuego: de la guerra civil europea: 1914-1945* (2009) Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.

